Sylvain Tesson

EL LEOPARDO DE LAS NIEVES

taurus

Sylvain Tesson

El leopardo de las nieves

Traducción de Juan Vivanco

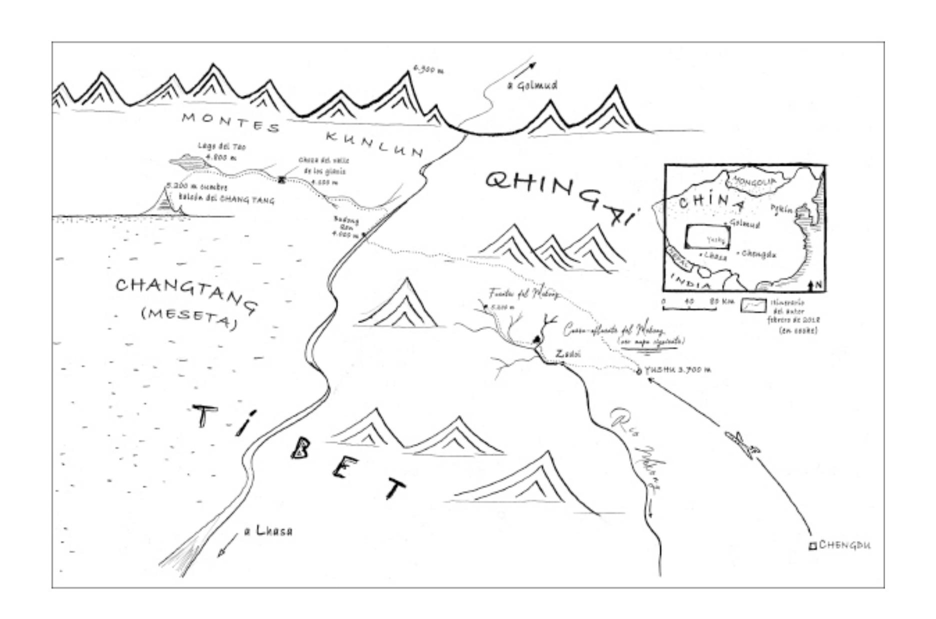
taurus



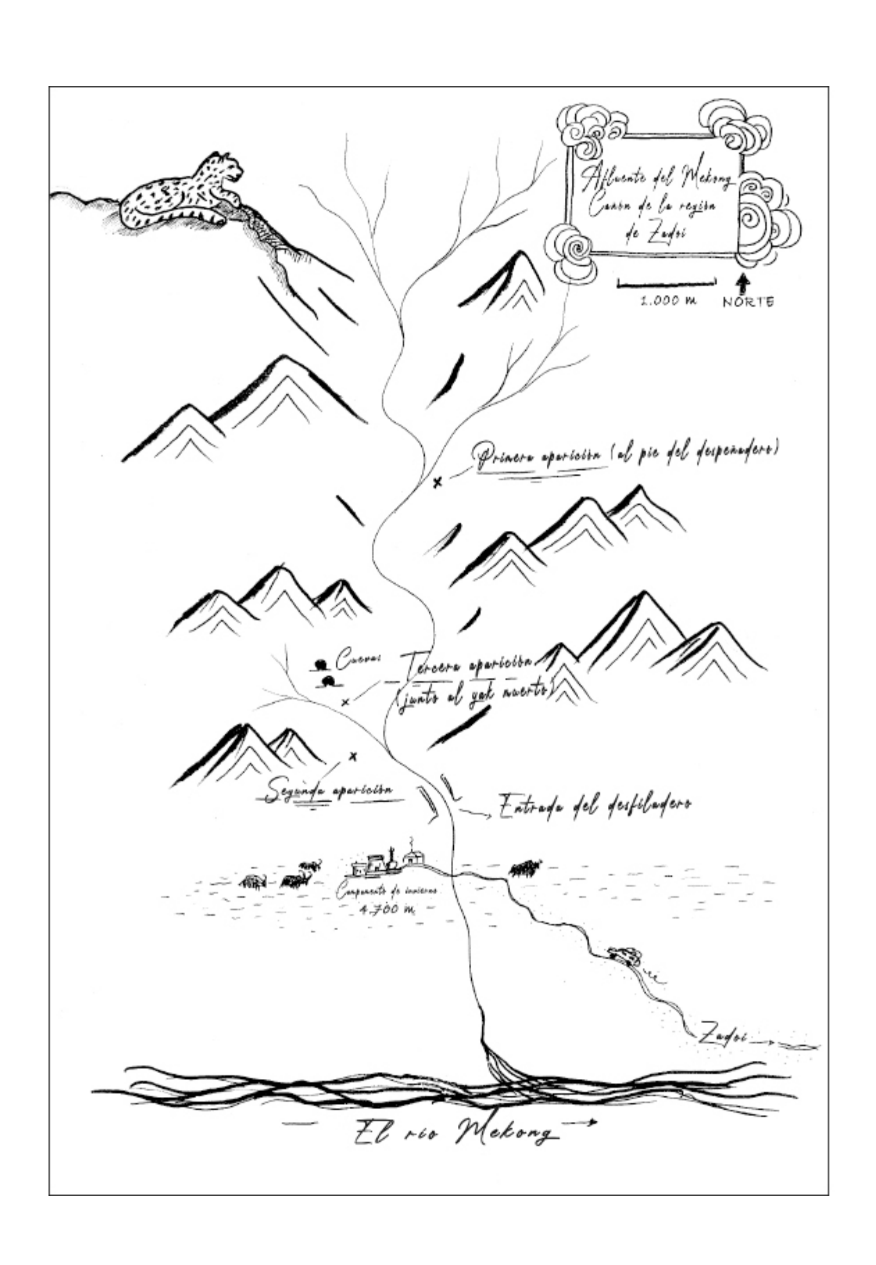
A la madre de un cachorro de león

Todas las hembras son menos valientes que los machos, salvo la osa y la leoparda: las hembras de estas especies parecen más valientes.

ARISTÓTELES , *Historia de los animales,* IX



MONTES KUNLUN
a Golmud
Lago del Tao
4.800 m
5.200 m cumbre
balcón del CHANG TANG
Budong
4.000 m
QHINGAI
CHANGTANG
(MESETA)
TIBET
a Lhasa
Zadoi
YUSHU 3.700 m
Río
CHENGDU
MONGOLIA
CHINA
Pekín
Golmud
Yushu
Lhasa
Chengdu
NEPAL
INDIA
N
0 40 80 Km
itinerario
del autor
febrero de 2012



Afluente del Mekong
Cañón de la región
de Zadoi
1.000 m
NORTE
Primera aparición (al pie del despeñadero)
Cuevas
Tercera aparición
(junto al yak muerto)
Segunda aparición
Entrada del desfiladero
Campamento de invierno
4.700 m
Zadoi
El río Mekong

PRÓLOGO

Le conocí un día de Semana Santa durante la proyección de su película sobre el lobo de Abisinia. Me habló de lo escurridizos que son los animales y de una virtud suprema: la paciencia. Me contó su vida de fotógrafo de animales y me detalló las técnicas del rececho. Es un arte frágil y refinado que consiste en camuflarse hasta hacerse invisible a la espera de un animal cuya aparición no se puede dar por descontada. Hay muchas posibilidades de volver con las manos vacías. Esta aceptación de la incertidumbre me parecía muy noble, y por eso mismo antimoderna.

Yo que soy un trotamundos, ¿estaría dispuesto a quedarme inmóvil y silencioso durante horas?

Agachado entre las ortigas, obedecía a Munier: nada de gestos ni de ruidos. Podía respirar, la única vulgaridad autorizada. En las ciudades me había acostumbrado a hablar por los codos. Lo más difícil era callarse. Los puros estaban prohibidos. «Ya fumaremos después, en un talud del río, ¡va a ser noche y niebla!», dijo Munier. La perspectiva de echarse un cigarro a la orilla del Moselle ayudaba a soportar la posición del centinela tumbado.

En las ramas, los pájaros estriaban el aire del atardecer. La vida estallaba. Los pájaros no perturbaban al genio del lugar. Como pertenecían a ese mundo, no alteraban su orden. Era la belleza. El río corría a cien metros. Unas escuadras de libélulas sobrevolaban la superficie, carniceras. En la orilla oeste un alcotán hacía sus incursiones. Vuelo hierático, preciso, mortal. Un Stuka.

No era momento de distraerse: dos adultos salían de la madriguera.

Hasta que se hizo de noche fue todo una mezcla de gracia, bufonada y autoridad. ¿Dieron una señal los dos tejones? Cuatro cabezas asomaron y unas sombras brotaron de las madrigueras. Los juegos del crepúsculo habían empezado. Estábamos apostados a diez metros y los animales no nos descubrieron. Los tejones cachorros peleaban, trepaban por el terraplén, rodaban en la zanja, se mordían el pescuezo y recibían el coscorrón de un adulto que imponía modales en el circo del atardecer. Los pelajes negros

listados con tres cintas de marfil desaparecían entre el follaje, surgían más allá. Los animales se preparaban para huronear en los campos y ribazos. Se enardecían antes de la noche.

A veces uno de los tejones se acercaba a nuestra posición y estiraba su perfil alargado con un movimiento de la cabeza que nos lo mostraba de frente. Las bandas oscuras donde se alojaban los ojos dibujaban dos regueros melancólicos. Seguía avanzando, se distinguían sus patas plantígradas, fuertes, torcidas hacia dentro. Las garras dejaban en el suelo de Francia esas huellas de ositos que cierta clase de hombres, bastante torpes para juzgarse a sí mismos, identificaban como huellas de «alimaña».

Era la primera vez que me quedaba tan quieto en un sitio con la esperanza de un encuentro. ¡No me reconocía! Hasta entonces había ido corriendo de Yakutia a Seine-et-Oise guiándome por tres principios:

Lo imprevisto nunca viene a nuestro encuentro, hay que acecharlo en todas partes.

El movimiento fecunda la inspiración.

El tedio corre más despacio que un hombre con prisa.

En pocas palabras, estaba convencido de que hay una proporción entre la distancia y el interés de los acontecimientos. Consideraba que la inmovilidad es un ensayo general de la muerte. Por deferencia hacia mi madre, que descansa en su tumba a la orilla del Sena, yo vagabundeaba con frenesí —el sábado en la montaña, el domingo en los balnearios— sin prestar atención a lo que pasaba a mi alrededor. Y un buen día, después de recorrer miles de kilómetros, me veía al borde de una zanja hundiendo la barbilla en la hierba. ¿Cómo era posible?

Cerca de mí, Vincent Munier fotografiaba a los tejones. Su masa de músculos disimulada por la ropa de camuflaje se confundía con la vegetación, pero su perfil aún se recortaba en la luz tenue. Tenía un rostro de bordes marcados y largas aristas, tallado para dar órdenes, una nariz que arrancaba comentarios jocosos de los asiáticos, un mentón escultural y una mirada muy dulce. Un gigante bueno.

Me había hablado de su infancia, de cuando su padre iba con él a esconderse bajo una picea para asistir al despertar del rey, es decir, del urogallo; de cuando el padre le enseñaba al hijo lo que prometía el silencio; de cuando el hijo descubría el valor de las noches en la tierra helada; de cuando el padre le explicaba que la aparición de

un animal es la más hermosa recompensa que la vida puede brindar al amor a la vida; de cuando el hijo empezaba a apostarse, descubriendo él solo los secretos de la organización del mundo, aprendiendo a encuadrar un chotacabras cuando alza el vuelo; de cuando el padre descubrió las fotografías artísticas del hijo. El Munier de cuarenta años que tenía a mi lado había nacido en la noche de los Vosgos. Se había convertido en el mejor fotógrafo de animales de su tiempo. Sus imágenes de lobos, osos y grullas, impecables, se vendían en Nueva York.

«Tesson, voy a llevarte a ver los tejones en el bosque», me había dicho, y yo había aceptado, porque nadie rechaza la invitación para acompañar a un artista en su estudio. Él no sabía que Tesson significa tejón en francés antiguo. [1] En los dialectos del oeste de Francia y de Picardía todavía se usaba esa palabra. «Tesson» había nacido de la deformación del *taxos* latino, del que derivan las palabras «taxonomía», ciencia de la clasificación de los animales, y «taxidermia», arte de disecar los animales (al hombre le encanta desollar lo que acaba de nombrar). En los mapas de estado mayor de Francia podían encontrarse *tessonnières* , nombres de lugares campestres que guardaban el recuerdo de holocaustos. Porque en el campo cundía un odio y una persecución desenfrenada contra el tejón. Le acusaban de cavar el suelo, de colarse a través de los setos. Ahumaban sus madrigueras, lo mataban. ¿Merecía el ensañamiento de los hombres? Era un ser taciturno, un animal de la noche y la soledad. Solo pedía una vida oculta, reinaba en la sombra, no soportaba las visitas. Sabía que la paz se defiende. Salía de su retiro por la noche para volver al alba. ¿Cómo iba a tolerar el hombre la existencia de un tótem de la discreción que erigía la distancia en virtud y se gloriaba del silencio? Las fichas zoológicas describían al tejón como «monógamo y sedentario». La etimología me vinculaba al animal, pero yo no estaba en sintonía con su naturaleza.

Cayó la noche, los animales se desperdigaron por la espesura, se oyeron rumores. Creo que Munier se dio cuenta de mi alegría. Esas horas fueron uno de los atardeceres más hermosos de mi vida. Acababa de encontrarme con un grupo de seres vivos completamente soberanos. Ellos no se debatían para librarse de su condición. Volvimos a la carretera por la orilla. En el bolsillo, yo había aplastado los puros.

—Hay un animal en el Tíbet al que persigo desde hace seis años

—dijo Munier—. Vive en las mesetas. Se necesitan largos rececHos para verlo. Vuelvo este invierno, ven conmigo.

—¿Cuál es?

—El leopardo de las nieves —dijo.

—Creía que había desaparecido —dije.

—Eso es lo que quiere que creamos.

PRIMERA PARTE

El rececho

EL MOTIVO

Como las monitoras tirolesas, el leopardo de las nieves hace el amor en paisajes blancos. En el mes de febrero la hembra entra en celo. Vestida de pieles, vive en el cristal. Los machos pelean, las hembras se ofrecen, las parejas se llaman. Munier me había avisado: si queríamos tener alguna posibilidad de verlos había que buscarlos en pleno invierno, a cuatro mil o cinco mil metros de altitud. Trataré de compensar las penalidades del invierno con las alegrías de su aparición. Bernadette Soubirous ya había usado esta técnica en la cueva de Lourdes. Seguramente la pastorcilla sintió frío en las rodillas, pero el espectáculo de una virgen en su halo debía compensar todas las penas.

«Leopardo», un nombre sonoro, elegante. Nada nos aseguraba que encontraríamos uno. El rececho es una apuesta: vas en busca de los animales y te arriesgas al fracaso. A algunas personas no les molesta, disfrutan con la espera. Para eso hay que tener un espíritu filosófico inclinado a la esperanza. Yo, por desgracia, no era así. Quería ver al animal, aunque, por cortesía, no le confesaba mi impaciencia a Munier.

A los leopardos de las nieves los cazan furtivamente en todas partes. Razón de más para hacer el viaje. Íbamos a visitar junto a su lecho a un ser herido.

Munier me había enseñado fotografías de sus viajes anteriores. El animal combinaba fuerza y gracia. Los reflejos electrizaban su pelaje, sus patas se ensanchaban como platillos, la cola sobredimensionada hacía de balancín. Se había adaptado para poblar lugares inhóspitos y trepar por los despeñaderos. Era el espíritu de la montaña que había bajado de visita a la Tierra, un viejo ocupante al que la rabia humana había relegado a las periferias.

Yo asociaba al animal con alguien: una mujer que no iría a ninguna parte conmigo. Era una hija de los bosques, reina de las fuentes, amiga de los animales. La había amado, la había perdido. Por una ensoñación infantil e inútil, asociaba su recuerdo a un animal inaccesible. Síndrome trivial: echas de menos a un ser y el

mundo toma su forma. Si me tropezara con el animal, luego le diría que era a ella a quien había encontrado un día de invierno en la meseta blanca. Era pensamiento mágico. Temía parecer ridículo. Hasta el momento no les había hablado de eso a mis amigos. Pero no podía dejar de pensar en ello.

Estábamos a principios de febrero. Para aligerar el equipaje cometí el error de ponerme todo mi equipo de alta montaña. Me subí al tren de cercanías parisino que llevaba al aeropuerto con mi chaquetón de nieve y mis botas del ejército chino modelo «larga marcha». En el vagón, ocupado por apuestos caballeros fulanis de triste figura y por un moldovalaco que destrozaba a Brahms con un acordeón, era a mí a quien miraban, porque mi ropa daba el cante. El exotismo se había desplazado.

Despegamos. Definición del progreso (y por tanto de la tristeza): cubrir en diez horas lo que Marco Polo había tardado cuatro años en recorrer. Munier, muy ceremonioso, hizo las presentaciones en el cielo. Saludé a los dos amigos con quienes iba a pasar un mes: Marie, la chica de cuerpo ágil, novia de Munier, cineasta de animales, apasionada de la vida salvaje y los deportes rápidos, y Léo, de ojos hipermétropes, pelo desgreñado, pensamientos profundos y por tanto mudo. Marie había hecho una película sobre el lobo y otra sobre el lince, animales en libertad condicional. Iba a rodar otra película sobre sus dos amores: los leopardos y Munier. Dos años antes Léo había interrumpido su tesis de filosofía para ser ayudante de campo de Munier. En el Tíbet, Munier necesitaba subalternos para montar los aguardos, ajustar los aparatos y acompañarle en las largas veladas. Yo, como no podía llevar peso debido a una columna vertebral frágil, no tenía conocimientos de fotografía ni era rastreador, ignoraba cuál sería mi tarea. Pero me correspondía no retrasar a nadie ni estornudar si el leopardo aparecía. Me ofrecían el Tíbet en una bandeja. Partía en busca de un animal invisible con el más guapo de los artistas, una loba humana de ojos lapislázuli y un filósofo reflexivo.

—La «banda de los cuatro» somos nosotros —dije cuando el avión aterrizaba en China.

Por lo menos me encargaría de los chascarrillos.

EL CENTRO

Habíamos aterrizado en el extremo oriente del Tíbet, en la provincia administrativa de Qhingai. La aldea de Yushu encaramaba sus fachadas grises a tres mil seiscientos metros de altitud. En 2010 un terremoto la había arrasado.

En menos de diez años la monstruosa energía china había retirado los escombros y reconstruido casi todo. Unas farolas tiradas a cordel iluminaban una cuadrícula de cemento perfectamente pulido. Los coches circulaban despacio, silenciosos, por las calles del damero. La ciudad-cuartel prefiguraba el futuro de la edificación mundial permanente.

Hicieron falta tres días para cruzar el Tíbet oriental en automóvil. Mirábamos el sur de los Kunlun al borde de la meseta de Chang Tang. Allí Munier conocía unas estepas con abundante fauna salvaje.

—Viajaremos por la carretera Golmud-Lhasa —me había dicho en el avión—, luego llegaremos al pueblo de Budong Qan, donde está el tren.

—¿Y después?

—Nos adentraremos hacia el oeste, al pie de los Kunlun, hasta el «valle de los yaks».

—¿Es su verdadero nombre?

—Es el que le he puesto yo.

Yo tomaba apuntes en mis cuadernillos negros. Munier me hizo prometer que si escribía un libro no diera el nombre exacto de los lugares. Tenían sus secretos. Si los revelábamos, vendrían los cazadores a vaciarlos. Nos acostumbramos a designar los parajes en términos de una geografía poética, personal, inventada en la medida en que nos permitía borrar las pistas, pero lo bastante gráfica para ser precisa: «valle de los lobos, lago del tao, cueva del muflón». A partir de entonces el Tíbet dibujaría en mí el mapa de los recuerdos, menos preciso que los atlas, más orientado a los sueños, celador del refugio de los animales.

Circulamos hacia el noroeste a través de montañas escalonadas. Los collados se sucedían, lomas peladas por los rebaños, a cinco mil

metros de altitud. El invierno imbricaba unas pocas manchas blancas sobre fondos planos, donde el viento se ensañaba. Los neveros suavizaban apenas los afloramientos.

Probablemente unos ojos feroces nos escrutaban desde las crestas, pero desde el coche lo único que ves es tu reflejo en el vidrio. No vi ni un solo lobo y soplaba mucho viento.

El aire olía a metal, su dureza no invitaba a nada. Ni a deambular por el lugar ni a volver.

El Gobierno chino había logrado su viejo objetivo de controlar el Tíbet. Pekín ya no se dedicaba a perseguir a los monjes. Para controlar un espacio hay un principio más eficaz que la coerción: el desarrollo humanitario y la ordenación del territorio. El estado central brinda confort, la rebelión se apaga. Si estalla una revuelta las autoridades exclaman: «¿Cómo? ¿Una sublevación? ¿Ahora que construimos escuelas?». Lenin ya había experimentado el método cien años antes con su «electrificación del país». Pekín había optado por esta estrategia desde los años ochenta. La logorrea de la revolución había dado paso a la logística. El objetivo era similar: el dominio del territorio.

La carretera cruzaba los cursos de agua por puentes nuevos y flamantes. Unas antenas de telefonía coronaban las cimas.

El poder central multiplicaba las obras. Incluso una línea de ferrocarril tajaba el viejo Tíbet de norte a sur. Lhasa, ciudad cerrada a los extranjeros hasta mediados del siglo XX , estaba ahora a cuarenta horas de tren de Pekín. El retrato del presidente chino Xi Jinping se exhibía en los paneles: «¡Queridos amigos —venían a decir los eslóganes— os traigo el progreso, así que calladitos!». Jack London había resumido el estado de cosas en 1902: «El que alimenta a un hombre es su amo».

Pasaron aldeas de colonos donde unos cubos de cemento alojaban a chinos de caqui y a unos tibetanos, cuyos monos de trabajo confirmaban que la modernidad lo que hace es miserabilizar el pasado.

Mientras tanto los dioses se retiraban y los animales con ellos. ¿Cómo íbamos a encontrar un lince en esos valles de martillos neumáticos?

EL CÍRCULO

Nos acercamos a la vía férrea, yo dormitaba en el aire lívido. El Tíbet estaba en carne viva. Avanzábamos por una geografía de granitos pulidos y placas de tierra. Fuera, un sol de sanatorio levantaba a veces el termostato por encima de -20 °C. Poco amantes de los acuartelamientos, no nos deteníamos nunca en los pueblos del frente pionero chino y preferíamos los monasterios. En el patio de un templo budista de las afueras de Yushu presenciamos grandes aglomeraciones de peregrinos delante de altares con humo de incienso. Unas placas de pizarra apiladas tenían grabado el mantra budista: «Te saludo, joya del loto».

Los tibetanos circulaban alrededor de esos montículos, moviendo con la muñeca unos molinos de oración plegables. Una niña me ofreció su rosario, que desgrané durante un mes. Un yak cubierto con una capa del ejército masticaba cartón, el único ser vivo inmóvil. Para ganar méritos en el ciclo de las reencarnaciones, unos penitentes artríticos y cuajados de escrófulas se arrastraban por el polvo con las manos enfundadas en suelas de madera. El aire olía a muerte y orines. Los fieles daban vueltas, esperando a que pasara esta vida. A veces se unía al corro un grupo de jinetes de la alta meseta, con pintas de Kurt Cobain —sobrepelliz de piel, Ray-Ban y sombrero de vaquero—, caballitos del gran tiovivo fúnebre. Como todos los gitanos gloriosos, los tibetanos aman la sangre, el oro, las joyas y las armas. Estos iban sin fusiles ni puñales. Pekín había prohibido el porte de armas desde mucho antes de los 2000. El desarme civil había tenido su lado bueno para los animales salvajes: se disparaba menos a los leopardos. Pero psicológicamente el efecto era desastroso, porque un espadachín sin espada es un rey desnudo.

—Ese remolino, esos círculos. Parecen buitres sobrevolando un cadáver —digo.

—El sol y la muerte —dice Léo—, la pudrición y la vida, la sangre en la nieve: el mundo es una rueda.

En los viajes, llevar siempre un filósofo consigo.

EL YAK

El corpachón del Tíbet estaba acostado, enfermo, en el aire enrarecido. El tercer día cruzamos las vías del tren a más de cuatro mil metros de altitud. Los raíles acuchillaban la estepa, procedentes del norte, paralelos a la carretera asfaltada. La había recorrido en bicicleta quince años antes, en dirección a Lhasa, justo cuando empezaban las obras del tren. Desde entonces, varios obreros tibetanos habían muerto de inanición y los yaks se habían acostumbrado a ver pasar los trenes. Recuerdo lo que me costó arrancar kilómetros a estos horizontes demasiado anchos para una bicicleta. El esfuerzo nunca era recompensado con una siesta en las praderas de montaña.

Cien kilómetros al norte, después del pueblo de Budong Qan, remontamos el valle de los yaks, como nos había prometido Munier. La pista se perdía hacia poniente a lo largo de un río helado con ribazos arenosos, sedas claras.

En el norte las faldas de los montes Kunlun dibujaban un reborde. Al atardecer las cumbres enrojecían y se recortaban en el cielo. De día sus hielos se confundían con él. Al sur vibraba el horizonte del Chang Tang, inexplorado.

La pista pasaba por delante de una choza de adobe a cuatro mil metros de altitud. Silencio y luz: el buen negocio inmobiliario. Nos dispusimos a quedarnos allí los días siguientes, durmiendo en camastros estrechos, promesas de noches rápidas. Los huecos de la pared dejaban ver una crestería limada por la erosión que es la neurastenia del paisaje. Al sur, a dos kilómetros de nuestro refugio, los granitos oxidados de un domo culminaban a cinco mil metros. Al día siguiente la crestería sería una plataforma de observación; esa noche era nuestra imponente fachada de enfrente. Al norte, el río entrelazaba sus hebras en la artesa glaciar de cinco kilómetros de ancho. Era uno de esos ríos del Tíbet cuyas aguas no verían el mar, porque se estancarían en las arenas del Chang Tang. Aquí hasta los elementos abrazan la doctrina budista de la extinción.

Durante diez días, todas las mañanas, batíamos los alrededores, cruzábamos los glacis a grandes pasos (las zancadas de Munier). Al

levantarnos subíamos cuatrocientos metros por encima de las chozas, a las aristas de granito. Alcanzábamos la cumbre una hora antes del amanecer. El aire olía a piedra fría. Estábamos a -25 °C: la temperatura no permitía nada, ni movimiento, ni palabras, ni melancolía. Solo ansiábamos que amaneciera con una esperanza aturdida. Al alba, una lámina naranja levantaba la noche y dos horas después el sol desperdigaba sus manchas por los pedregales salpicados de hierba. El mundo era la eternidad helada. Se diría que los relieves nunca podrían sacudirse su entumecimiento. Pero de pronto el inmenso desierto que me parecía abandonado y que la luz había desvelado se llenaba de motitas negras: los animales.

Por superstición, yo no hablaba nunca del leopardo; ya aparecería cuando los dioses —el nombre redicho del azar— lo considerasen oportuno. Esa mañana Munier tenía otras preocupaciones. Quería acercarse a los yaks salvajes, pues habíamos visto manadas a lo lejos. Veneraba a esas bestias, hablaba de ellas con su voz cuchicheante.

—Les llaman *drung* , es por ellos por lo que vuelvo aquí.

Veía en el toro salvaje el alma del mundo, símbolo de la fecundidad. Yo le contaba que los antiguos griegos los degollaban para ofrecer la sangre a los espíritus subterráneos, el humo a los dioses y las mejores porciones a los príncipes. Los toros intercedían, el sacrificio era una invocación. Pero a Munier le interesaban los tiempos de la edad de oro, anterior a los sacerdotes.

—Los yaks vienen de épocas inmemoriales, son los tótems de la vida salvaje, aparecían en los muros paleolíticos, no han cambiado, parece que resoplan recién salidos de una cueva.

Los yaks salpicaban las laderas con sus gruesas borras de lana negra. Munier les dirigía una mirada clara y triste. Se diría que soñaba despierto, contando los últimos señores que ofrecían en la cresta un desfile de despedida.

En el siglo XX los colonos chinos habían masacrado a estos navíos andrajosos de cuernos desmesurados, y lo que quedaba en la periferia del Chang Tang y al pie de los Kunlun era apenas la sombra de sus manadas. Desde el despegue económico de China los servicios gubernamentales practicaban su cría intensiva. Tenían que alimentar a mil quinientos millones de conciudadanos, a quienes, con la estandarización de los modos de vida planetaria, no era decente privar de carne roja. Las agencias veterinarias habían cruzado los yaks salvajes con las especies domésticas para crear los

datong , una especie híbrida que combina robustez y sumisión. Una raza hecha para el mundo global: reproducible, uniforme y dócil, calibrada para las voracidades estadísticas. Los especímenes se achicaban, se reproducían mucho pero diluían el gen primitivo. Mientras tanto, varios supervivientes de la raza peligrosa seguían paseando su melancolía hirsuta en los confines. Los yaks salvajes eran los depositarios del mito. A veces los ganaderos del Estado capturaban un espécimen para revitalizar las generaciones domésticas. El destino del *drung* parecía una fábula moderna: la violencia, la fuerza, el misterio y la gloria refluían en este mundo. El hombre de las ciudades del Occidente tecnológico también se había domesticado. Yo podía describirlo, pues era su mejor representante. En el calorcito de mi piso, sometido a mis ambiciones electrodomésticas y dedicado a recargar mis pantallas, había renunciado al furor de vivir.

No nevaba nunca. El Tíbet extendía sus palmas secas bajo un cielo azul como la muerte. Esa madrugada, a las cinco, estábamos apostados a cuatro mil seiscientos metros, tumbados por detrás de la cresta que dominaba la choza.

—Los yaks pronto aparecerán —dice Munier—, estamos a su altitud. Cada herbívoro pasta en el estrato que le corresponde.

La montaña inmóvil, el aire puro, el horizonte vacío. ¿De dónde saldría una manada?

Un zorro se ofreció al sol, recortado sobre la arista, lejos de nosotros. ¿Volvía de cazar? En cuanto lo perdí de vista se desvaneció. No lo vi más. Primera lección: los animales aparecen sin avisar y luego se desvanecen sin remedio. Hay que bendecir su visión efímera, venerarla como una ofrenda. Recuerdo las veladas de adoración de mi infancia en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Teníamos que quedarnos horas y horas mirando al coro, ansiando que pasara algo. Los curas nos habían indicado vagamente de qué se trataría, pero esa abstracción nos parecía menos deseable que un balón de fútbol o un caramelito.

Bajo las bóvedas de mi infancia y en esa ladera del Tíbet reinaba la misma inquietud, lo bastante difusa para parecerme benigna, pero demasiado constante para resultar ligera: ¿cuándo acabaría la espera? Había una diferencia entre la iglesia y la montaña. De rodillas, esperas sin pruebas. La oración se eleva, dirigida a Dios. ¿Te responderá? ¿Existe siquiera? En el rececho conoces lo que esperas. Los animales son dioses ya aparecidos. Nada discute su

existencia. Si surge algo, esa será la recompensa. Si no pasa nada levantas el campo, dispuesto a reanudar el rececho al día siguiente. De modo que, si el animal se muestra, es toda una fiesta. Y recibirás a ese compañero de cuya presencia no dudabas, aunque su visita fuese incierta. El rececho es una fe modesta.

EL LOBO

Al mediodía el sol estaba en pleno rendimiento: cabeza de alfiler en la nada. Al pie de la cañada abierta en media luna, un cubo olvidado: nuestra choza. Desde nuestra posición, cincuenta metros por debajo de las crestas aplanadas, la vista abarcaba las laderas de guijarros. Munier tenía razón, los yaks asomaron de repente. Aparecieron por el collado que cerraba la cañada, al oeste. Sus manchas azabaches salpicaban los canchales a quinientos metros de donde estábamos. Se apoyaban en la montaña como para impedir que esta se cayera. Tuvimos que avanzar hacia ellos sin hacer ruido, de peña en peña, por detrás, contra el viento.

Munier y yo veíamos ya toda la manada, a cuatro mil ochocientos metros. De repente los yaks salieron de estampida, subiendo todos a una hacia la cresta de donde habían salido. ¿Habían descubierto nuestras figuras bípedas, emblema del terror del mundo? Corrieron al trote por las laderas color heces de vino, dando la impresión de masas flotantes, avanzando, más bien deslizándose, como pelotas de lana, sin que nuestros ojos divisaran el movimiento de las patas ocultas por las marmellas. La manada se detuvo bajo el collado.

—Sigamos por la cresta, acabaremos alcanzándolos —dijo Munier.

Espantamos un perdigallo y provocamos el lento retroceso hacia el norte de un rebaño de «cabras azules» —*Pseudois nayaur* — que habían colonizado el fondo de la cañada sin que las viéramos llegar. Estos caprinos, a los que Munier llamaba por su nombre tibetano, barales, paseaban sus cuernos retorcidos y el camafeo de su vellón dándoselas de rebecos en los escarpes. Los yaks, por su parte, se habían sentido seguros en la altura a la que habían subido. No se movieron más.

Más tarde estábamos tumbados a un centenar de metros de ellos, a media ladera, en el peñascal. Yo miraba el dibujo de los líquenes en las piedras: flores dentadas, como en las láminas dermatológicas de los libros de medicina de mi madre. Cansado de esos detalles, levanté la cabeza para contemplar a los yaks. Pastaban, y ellos también levantaban la cabeza. Con un movimiento lento, dos

cuernos se alzaban al cielo. Solo faltaban las placas de oro para convertirlos en estatuas del palacio de Cnosos. Unos lobos aullaron, lejos, hacia poniente, al otro lado del collado.

—Cantan —prefirió decir Munier—, son por lo menos ocho.

¿Cómo podía saberlo? Yo solo oía el mismo lamento. Munier lanzó un aullido. Al cabo de diez minutos contestó un lobo. Entonces se entabló lo que recuerdo como una de las conversaciones más bellas entre dos seres vivos seguros de que no iban a confraternizar. «Por qué nos hemos separado?» decía Munier. «¿Qué quieres de mí?», decía el lobo.

Munier cantaba. Un lobo contestaba. Munier callaba, el lobo reanudaba. Y de pronto uno de ellos apareció en el collado más alto. Munier cantó por última vez y el lobo galopó por la ladera hacia nuestra posición. Saturado de lecturas medievales —fábulas de Gévaudan y cantares artúricos—, no las tenía todas conmigo al ver un lobo corriendo hacia mí. Me calmé al mirar a Munier. Estaba tan impasible como una azafata de Air France en medio de las turbulencias.

—Va a parar en seco delante de nosotros —murmuró justo antes de que el lobo se inmovilizara a cincuenta metros.

Se fue por la tangente y estuvo un buen rato trotando a nivel sin perdernos de vista, con la cabeza vuelta hacia nosotros, alarmando a los yaks. La manada negra, molestada por el lobo, volvió a ponerse en marcha y subió por la ladera. Tragedia de la vida de grupo: no estar nunca tranquilo. El lobo desapareció, nosotros escudriñamos el valle, los yaks alcanzaron la crestería, la noche cayó, no volvimos a verle, se había evaporado.

LA BELLEZA

Los días pasaban en la choza. La hicimos más habitable y luchamos contra las corrientes de aire tapando los huecos. Todas las mañanas salíamos antes del amanecer. Siempre el mismo sufrimiento al salir del saco de dormir en la oscuridad y el mismo gozo al ponerse en marcha. Un cuarto de hora de esfuerzo siempre basta para reanimar un cuerpo en un cuarto frío. El sol salía iluminando los punzones de las montañas y luego se desparramaba por las laderas hasta acabar abriendo el valle glaciar, inmensa avenida que la nieve nunca llegaba a mullir. Bastaba con que se levantase una ráfaga para que el aire se llenara de un polvo irrespirable. En esas laderas de loess las manadas dejaban sus puntillas de huellas. La alta costura del mundo.

Léo, Marie y yo seguimos a Munier, que seguía a los animales. A veces, por orden suya, nos emboscábamos tras el hilo de la duna y esperábamos a los antílopes.

—Las «dunas», los «antílopes» —decía Marie—, un vocabulario africano.

—Este país es un Edén. Climatizado.

El sol brillaba pero no calentaba nada. El cielo, campana de cristal, comprimía un aire joven. El frío nos mordía. Dejábamos de pensar en ello cuando llegaban los animales. No les veíamos acercarse, pero de repente estaban ahí, en medio del polvo. Eran la aparición.

Munier me hablaba de su primera fotografía, tomada cuando tenía doce años: un rebeco en los Vosgos. «¡Oh, nobleza! ¡Oh, belleza sencilla y verdadera!», había rezado el joven Ernest Renan en las ruinas de Atenas. Para Munier este primer encuentro fue su noche en la Acrópolis.

—Aquel día forjé mi destino: ver animales. Esperarlos.

Desde entonces había pasado más tiempo tumbado detrás de los tocones que en los pupitres del colegio. Su padre no le presionó mucho. No terminó la secundaria y se ganó la vida trabajando en la construcción, hasta que sus fotografías ganaron premios.

Los científicos le miraban por encima del hombro. Munier veía la

naturaleza como un artista. Para los obsesos de la calculadora, sirvientes del «reino de la cantidad», él era un cero a la izquierda. Me había tropezado varias veces con esos calculadores. Anillaban colibríes y destripaban gaviotas para sacar muestras de bilis. Ponían la realidad en ecuaciones. Las cifras se sumaban. ¿La poesía? Ausente. ¿El conocimiento progresaba? No tan claro. La ciencia escondía sus límites tras la acumulación de datos numéricos. El empeño de poner el mundo en números pretendía hacer avanzar el conocimiento. Era pretencioso.

Munier, por su parte, presentaba sus respetos al esplendor y solo a él. Veneraba la gracia del lobo, la elegancia de la grulla, la perfección del oso. Sus fotos pertenecían al arte, no a las matemáticas.

—Tus detractores preferirían modelizar la digestión del tigre a poseer un Delacroix —le dije yo.

Eugène Labiche, a finales del siglo XIX , presentía el ridículo de los tiempos científicos: «La estadística, señora, es una ciencia moderna y positiva. Arroja luz sobre los hechos más oscuros. Por ejemplo, últimamente, gracias a laboriosas indagaciones, hemos llegado a saber el número exacto de viudas que han cruzado en Pont-Neuf en el transcurso del año 1860». [2]

—Un yak es un señor, ¡qué me importa a mí si ha engullido doce veces esta mañana! —contestó Munier.

Siempre parecía estar incubando una melancolía. Nunca elevaba el tono, para no asustar a los gorriones alpinos.

LA MEDIOCRIDAD

Una mañana más en el talud de polvo. La sexta. Esta arena había sido una montaña y los ríos la habían molido. Las piedras guardaban secretos que se remontaban a veinticinco millones de años, cuando el mar cubría estos parajes. El aire asfixiaba cualquier movimiento. El azul del cielo era duro como un yunque. Una capa de escarcha cubría la arena con un tul. Una gacela comía la nieve con golpecitos de cuello.

De repente, un asno salvaje. El animal se detuvo, alerta. Munier puso el ojo en el visor. Esa gimnasia se parecía a la caza. Ni Munier ni yo teníamos alma mortífera. ¿Por qué destruir a un animal más poderoso y mejor adaptado que tú? El cazador hace doble diana: destruye un ser y mata en sí mismo el resentimiento de no ser ni mucho menos tan viril como el lobo, ni tan airoso como el antílope. ¡Pam! Sale el tiro. «Por fin», dice la mujer del cazador.

Hay que entenderle, al pobre. Es injusto ser barrigón cuando a tu alrededor merodea un pueblo tenso como el arco.

El asno no se marchó. Si no le hubiéramos visto llegar hacía un momento, le habríamos tomado por una estatua de sal.

Caminábamos por encima del talud del río helado, a cinco kilómetros de nuestro campamento, y yo hablaba de la carta que me había mandado años atrás el señor De B. —sombrero con plumas y frac de terciopelo—, presidente de la Federación de Cazadores de Francia, a raíz de un artículo en el que yo ponía a caldo a los cazadores. Me acusaba de ser el típico urbanita calzado con mocasines de lazo, sin el menor sentido de la tragedia, paseante de parques, amante de pajaritos, asustado por la sacudida de las culatas. Un currutaco, vaya. Leí la carta al volver de un viaje por las montañas de Afganistán y me dije que era un gran error usar el término «cazador» tanto para el hombre que destripaba el mamut con su venablo, como para el señorito de papada doble que lanzaba su andanada de perdigones contra un faisán obeso, entre el coñac y su ración de queso. El uso de una misma palabra para calificar cosas opuestas no reducirá el sufrimiento del mundo.

LA VIDA

El mismo punto estéril del sol en su palacio de hielo. La extraña sensación de volver la cara hacia el astro y no sentir su caricia. Munier seguía llevándonos por los glacis. No nos alejábamos nunca más de diez kilómetros de la choza. Unas veces íbamos hacia las aristas. Otras al río. Este ir y venir bastaba para encontrar a los habitantes del paraje.

El amor a los animales había suprimido cualquier atisbo de vanidad en Munier. No se interesaba demasiado por sí mismo. No se quejaba nunca, por lo que los demás no osábamos confesar nuestro cansancio. Los herbívoros circulaban, rasurando los pastos en contacto con las laderas y los glacis. En el pliegue de la pendiente, allí donde los declives morían en la artesa del valle, nacían pequeños manantiales. Pasaba una fila de asnos salvajes, paseando sobre unas patas que nunca temblaban, una gracia frágil y un pelaje de marfil. Pasaba una columna de antílopes tirando de un velo.

—*Pantholops hodgsonii* —dijo Munier, que hablaba latín en presencia de los animales.

El sol transmutaba el polvo en estela de oro que recaía en hilillos rojos. Los pelajes vibraban en la luz, creando la ilusión de un vapor. Munier, adorador del sol, siempre se las arreglaba para apostarse en los contraluces. Era un paisaje de desierto mineral que unos movimientos magmáticos habían elevado al cielo. Esos espectáculos eran la heráldica de la alta Asia: una línea de animales al pie de una torre plantada en un glacis. Todos los días, en las planicies batidas por los vientos, cosechábamos nuestros avistamientos: rapaces, picas —el nombre de los perritos de las praderas tibetanos—, zorros y lobos. Una fauna de gestos delicados adaptada a la violencia de las alturas.

En la alta explanada de la vida y la muerte se representaba una tragedia difícil de ver, perfectamente pautada: el sol salía, los animales se perseguían para amarse o devorarse. Los herbívoros pasaban quince horas diarias con la cabeza agachada. Era su maldición: vivir lentamente, dedicados a pacer una hierba pobre pero regalada. Para los carnívoros la vida era más palpitante.

Acechaban un alimento escaso en batidas que eran la promesa de una fiesta de sangre y la perspectiva de siestas voluptuosas.

Todos esos seres morían, y los cadáveres desgarrados por los carroñeros salpicaban la meseta. Los esqueletos quemados de ultravioletas no tardaban en reincorporarse al vals biológico. Tal había sido la hermosa intuición de la Grecia antigua: la energía del mundo circulaba en un ciclo cerrado, del cielo a las piedras, de la hierba a la carne, de la carne a la tierra, bajo el dominio de un sol que brindaba sus fotones a los intercambios nítricos. El *Bardo Thodol* , el Libro de los Muertos tibetano, decía lo mismo que Heráclito y los filósofos de la fluctuación. Todo pasa, todo fluye, los asnos galopan, los lobos los persiguen, los buitres planean: orden, equilibrio, el sol en su cénit. Un silencio aplastante. Una luz sin filtro, pocos hombres. Un sueño.

Y nosotros estábamos ahí, en ese jardín vital, cegador y macabro. Munier había avisado: era el paraíso a -30 °C. La vida se resumía: nacer, correr, morir, pudrirse, volver a entrar en el juego con otra forma. Yo entendía por qué los mongoles querían dejar a sus muertos en la estepa para que se descompusieran. Si mi madre lo hubiera dispuesto así, me habría gustado dejar su cuerpo en un repliegue de los Kunlun. Los carroñeros lo habrían despedazado antes de entregarse ellos mismos a otras mandíbulas y difundirse en otros cuerpos —rata, quebrantahuesos, culebra—, para que un hijo huérfano imaginara a su madre en el batir de un ala, la ondulación de una escama, el temblor de un vellón.

LA PRESENCIA

Munier compensaba mi miopía. Su ojo lo descubría todo, yo no sospechaba nada. «Hacer que surja el objeto, eso es más importante que hacerlo significar», [3] escribió Jean Baudrillard a propósito de la obra de arte. ¿Para qué glosar sobre los antílopes? Habían surgido, vibrando primero en lontananza, acercándose, dibujando su silueta, hasta situarse allí de repente, una presencia frágil que la menor alarma desvanecería. Los habíamos visto. Era arte.

Marie y Léo, a fuerza de acompañar a Munier, de los Vosgos a Champsaur, habían progresado en la identificación de lo indiscernible. En esta meseta desierta, a veces detectaban al antílope en las rocas rubias o al perrito de la pradera entrando en la sombra. Ver lo invisible: principio del tao chino y anhelo del artista. Yo había batido las estepas durante veinticinco años sin descubrir ni un diez por ciento de lo que captaba Munier. Es cierto que en 1997 me había encontrado un lobo en el sur del Tíbet, me había tropezado con una garduña en el tejado de la iglesia de Saint-Maclou de Ruán, en 2007 y 2010 había sorprendido a unos osos en la taiga siberiana y hasta había tenido la desagradable sensación de una tarántula corriéndome por el muslo, en Nepal, en 1994; pero eran encuentros fortuitos, proyectados ante mí sin que me hubiera esforzado por provocarlos. Uno podía matarse a explorar el mundo y pasar al lado de los animales sin verlos.

«He andado mucho, me han mirado y yo no lo sabía» era mi nuevo salmo y lo mascullaba al estilo tibetano, murmurando. Resumía mi vida. A partir de entonces sabría que deambulábamos rodeados de ojos abiertos y caras invisibles. Me desquitaba de mi antigua indiferencia con el doble ejercicio de la atención y la paciencia. Llamémosle amor.

Acababa de entenderlo: el jardín del hombre está poblado de presencias. No nos quieren mal, pero tampoco nos quitan ojo. Nada de lo que hagamos escapará a su vigilancia. Los animales son los guardas, el hombre juega al aro creyéndose el rey. Fue un descubrimiento. No era desagradable. Ahora sabía que no estaba solo.

Séraphine de Senlis era una pintora de principios del siglo XX , artista medio chiflada, medio genial, algo cursi y poco apreciada. En sus lienzos punteaba los árboles de grandes ojos abiertos.

El Bosco, flamenco de los trasmundos, tituló un grabado *El bosque tiene oídos, el campo tiene ojos* . Había dibujado unos globos oculares en el suelo y colocado unas orejas humanas a los lados de un bosque. Los artistas lo saben: el salvaje te mira sin que tú le veas. Desaparece cuando la mirada del hombre lo ha descubierto.

«¡Allí, de frente, en el ribazo, un zorro, a cien metros!», me decía Munier cuando cruzábamos el río sobre el hielo. Y yo tardaba mucho en ver lo que él miraba. No sabía que mi ojo ya había captado lo que mi cerebro se negaba a concebir. De repente se componía la figura del animal como si pigmento a pigmento, detalle a detalle, se concretara en las rocas, revelándoseme.

Yo me consolaba de mi ineptitud. Era placentero saberse escrutado sin sospechar nada. Fragmento de Heráclito: «A la naturaleza le gusta esconderse». ¿Qué significaba este enigma? ¿La naturaleza se escondía para que no la devorasen? ¿Se escondía porque la fuerza no necesita manifestarse? No todo había sido creado para la mirada del hombre. Lo infinitamente pequeño se hurtaba a nuestra razón; lo infinitamente grande, a nuestra voracidad; las bestias salvajes, a nuestra observación. Los animales reinaban y, como el cardenal Richelieu espiaba a su pueblo, ellos nos vigilaban. Sabía que estaban vivos, circulando en el laberinto. ¡Y esa buena noticia me rejuvenecía!

LA SENCILLEZ

Una tarde, mientras bebíamos un té negro en el umbral de nuestra choza, Marie señaló un velo, un remolino que se elevaba en el punto más bajo del pediplano. Una manada de ocho asnos salvajes galopaba a lo largo del río, a cuatro kilómetros de la choza, viniendo del este, y se nos acercaba. Munier ya estaba al pie de su telescopio.

—*Equus kiang* —dijo cuando le pregunté por el nombre científico —, hemiones para los amigos.

Se detuvieron a pacer en un campo de gramíneas, al norte. Aquel día apenas habíamos visto seres vivos en la cañada de la choza. El lobo que cantó allí la víspera había sembrado el pánico. Los animales no bailan cuando el lobo canta. Se esconden.

Salimos de nuestro refugio y nos acercamos a los asnos en fila india, ocultándonos detrás de un talud de aluviones. Un águila real aureolaba la manada. Nos metimos en una cárcava excavada en la ladera y, en el lecho seco, tapados con nuestra ropa de camuflaje, encorvados, avanzamos. Los asnos pacían nerviosamente. Su capa leonada, orlada de líneas negras, formaba preciosas manchas.

—Porcelanas en un velador —dijo Léo.

Los *kiangs* , primos de los caballos, no habían sufrido la indignidad de la domesticación, pero el ejército chino los había diezmado para alimentar el avance de la tropa, hacía medio siglo. Esos eran supervivientes. Podíamos ver su testuz abombada, sus crines tupidas, su grupa redondeada. El viento corría un visillo de polvo detrás de ellos. Los animales estaban a cien metros y Munier los enfocaba. De repente salieron al galope hacia el oeste, como electrocutados. Un guijarro había rodado bajo nuestros pies. Un calambre cruzó la meseta. Las ráfagas soplaban, la luz explotaba en el polvo levantado por los galopes, la cabalgada erizó nubes de gorriones alpinos, un zorro espantado corrió como alma que lleva el diablo. La vida, la muerte, la fuerza, la huida: la belleza se disgregaba.

Munier, en un tono triste:

—Mi sueño en la vida habría sido ser totalmente invisible.

La mayoría de mis semejantes, yo el primero, queríamos lo contrario: mostrarnos. No teníamos ni la más remota posibilidad de acercarnos a un animal.

Regresamos a la choza sin preocuparnos de que nos vieran. La oscuridad avanzaba y el frío no me calaba tanto los huesos, porque la noche lo hacía más legítimo. Cerré tras de mí la puerta del refugio, Léo prendió el hornillo de gas, yo pensaba en los animales. Se preparaban para las horas de sangre y hielo. Fuera, la noche del cazador empezaba. Ya se modulaban los gritos de un mochuelo. Inauguraban las operaciones de evisceración general. Cada cual buscaba su presa. Los lobos, los linces, las martas iban a lanzar sus ataques, y la fiesta bárbara duraría hasta el alba. El sol pondría fin a la orgía. Entonces los carnívoros afortunados descansarían, con la barriga llena, disfrutando a la luz del resultado nocturno. Los herbívoros, por su parte, reanudarían su vagabundeo para arrancar unas matas y convertirlas en energía de huida. Estaban sometidos por la necesidad de agachar la cabeza hacia el suelo, rozando la pitanza, cuello encorvado por el fardo del determinismo, córtex aplastado contra el hueso frontal, sin poder zafarse del plan que los destinaba al sacrificio.

Preparamos la sopa en la majada. El zumbido del hornillo creaba una ilusión de calor. Dentro estábamos a -10 °C. Repasamos los avistamientos de la semana, actualidad menos deplorable pero tan apasionante como la invasión turca del Kurdistán. Después de todo, la bajada de un lobo hacia un grupo de yaks, la huida de diez asnos sobrevolados por un águila no eran sucesos menos considerables que la visita de un presidente estadounidense a su homólogo coreano. Me imaginaba una prensa diaria dedicada a los animales. En vez de: «Ataque mortal durante el carnaval», se leería en los periódicos: «Unas cabras azules suben a los Kunlun». Se perdería en angustia, se ganaría en poesía.

Munier bebía a lengüetadas su sopa e invariablemente, bajo su gorro de orejeras que le daba un aire de siderúrgico bielorruso, con las mejillas demacradas por sus fugas, soltaba en un tono muy de hombre de mundo: «¿Y si terminamos con algo dulce?», antes de destripar un bote de conserva de un navajazo. Dedicaba su vida a la veneración de los animales. Marie le seguía por el camino de esa vida. ¿Cómo soportaban volver al mundo de los hombres, es decir, al desorden?

EL ORDEN

A la mañana siguiente, Léo y yo nos habíamos escondido detrás del talud aluvial que flanqueaba el curso del río, en la desembocadura de uno de sus pequeños afluentes. Era un buen aguardo para el paso de los animales. Unas sombras negras corrían por las rocas. Paisaje de sepulcro, sol silencioso, luz viva: esperábamos algo más que animales. Munier y Marie se habían tumbado al oeste, debajo de unos grandes peñascos negros. Unas gacelas arrancaban hierba a doscientos metros. Se agitaban frágilmente, demasiado ocupadas en su tarea para saber que un lobo se acercaba. Una cacería iba a empezar y la sangre correría en el polvo blanco.

¿Qué había pasado? ¿Por qué esas cacerías crueles y esos sufrimientos que se reanudaban todos los días? La vida me parecía una sucesión de ataques, y el paisaje, aparentemente estable, el escenario de asesinatos perpetrados en todas las escalas biológicas, desde el paramecio hasta el águila real. Una de las filosofías más sombrías en cuanto a su salida del sufrimiento, el budismo, se había encumbrado en la meseta tibetana en el siglo X . El Tíbet era el lugar soñado para hacerse esta clase de preguntas. Munier estaba vigilante y podía quedarse ocho horas en el aguardo. Eso dejaba tiempo para la metafísica.

Pregunta previa: ¿por qué yo veía siempre en un paisaje los arcanos del horror? Incluso en Belle-Île, delante de un mar dulcificado por el sol, mezclado con los veraneantes ocupados en vaciar su vaso de vino antes del crepúsculo, yo imaginaba la guerra bajo la superficie: los cangrejos despedazando a sus presas, las fauces de las lampreas aspirando a sus víctimas, cada pez buscando al más débil que él, las espinas, los rostros, los ganchos rasgando la carne. ¿Por qué no disfrutar de un paisaje sin representarse el crimen?

En edades inconcebibles, antes del Big Bang, reposaba un poder, magnífico y monomorfo. Su reino pulsaba. Alrededor, la nada. Los hombres rivalizaron por poner un nombre a esa señal. Para unos era Dios, que nos contenía, en ciernes, en la palma de su mano. Mentes más prudentes le llamaron «el Ser». Para otros, era la vibración del

Om primordial, una energía-materia en espera, un punto matemático, una fuerza indiferenciada. Unos marinos de cabello rubio en islas de mármol, los griegos, llamaron «caos» a la pulsación. Una tribu de nómadas curtidos de sol, los hebreos, lo bautizaron como «verbo», que los griegos tradujeron por «soplo». Cada cual hallaba un término para designar la unidad. Cada cual afiló sus puñales para rajar a su contradictor. Todas esas proposiciones significaban lo mismo: en el espacio-tiempo ondulaba una singularidad primera. Una explosión la liberó. Entonces lo inextenso se extendió, lo inefable se encasilló, lo inmutable se articuló, lo indiferenciado adquirió semblantes múltiples, lo oscuro se iluminó. Fue la ruptura. ¡Fin de la Unicidad!

En la sopa borbollaron los elementos bioquímicos. La vida apareció y se propagó para conquistar la Tierra. El tiempo asaltaba al espacio. Y todo se complicó. Los seres se ramificaron, se especializaron, se alejaron unos de otros, cada uno aseguró su perpetuación devorando a los demás. La Evolución inventó formas refinadas de depredación, reproducción y desplazamiento. Acosar, emboscar, matar, reproducirse fue el patrón establecido. La guerra era abierta, el mundo era su campo. El sol ya se había encendido. Fecundaba la carnicería con sus propios fotones y moría ofreciéndose. La vida era el nombre dado a la matanza a la vez que el réquiem por el sol. Si un Dios estuviera realmente en el origen de este carnaval, haría falta un tribunal de la más alta instancia para juzgarle. Haber dotado a las criaturas de un sistema nervioso era la suprema invención en el orden de la perversidad. Consagraba el dolor como principio. Si Dios existiera, se llamaría «sufrimiento».

Ayer, el hombre apareció, cual seta que brota aquí y allá. Su córtex le proporcionó una disposición inédita: llevar al más alto grado la capacidad de destruir lo que no era él mismo, a la vez que se lamenta de ser el culpable. Al dolor se sumaba la lucidez. El horror perfecto.

De modo que cada ser vivo era un añico de la vidriera original. Esa mañana, en el Tíbet central, antílopes, quebrantahuesos y grillos, todos a la greña, me parecían facetas de la bola de discoteca colgada en el techo de la expansión. Los animales fotografiados por mis amigos eran la expresión difractada de la separación. ¿Qué voluntad había ordenado la invención de estas formas monstruosamente sofisticadas, cada vez más ingeniosas y cada vez más distanciadas a medida que pasaban los millones de años? La

espiral, la mandíbula, la pluma y la escama, la ventosa y el pulgar prensil eran los tesoros del gabinete de curiosidades de ese poder genial y desequilibrado que había triunfado sobre la unidad y orquestado la eflorescencia.

El lobo se acercó a las gacelas. Ellas levantaron la cabeza, todas con el mismo movimiento. Pasó cerca de media hora. Nadie se movía ya. Ni el sol, ni los animales, ni nosotros mismos, erigidos en estatuas detrás de nuestros prismáticos. El tiempo pasaba. Solo unos jirones de sombra se deslizaban lentamente al asalto de las montañas: nubes.

Ahora reinaban los seres vivos, propiedades de lo que había sido «lo Único». La Evolución seguía obrando. Éramos muchos los hombres que soñábamos con esas edades primordiales donde todo reposaba en la vibración de los comienzos.

¿Cómo calmar esta añoranza del gran inicio? Siempre se podía rezar a Dios. Era una ocupación agradable, más descansada que la pesca del pez espada. Podíamos dirigirnos a un atributo unitario que habría precedido al divorcio, arrodillarnos en una capilla y murmurar salmos mientras pensábamos: Dios, ¿por qué no te conformaste contigo mismo en vez de entregarte a tus experimentos biológicos? La oración estaba condenada al fracaso, porque la fuente se había complicado demasiado y nosotros habíamos llegado demasiado tarde. Ya lo había dicho Novalis de forma más sutil: «Buscamos por doquier lo absoluto y solo encontramos cosas». [4]

También podríamos pensar que la energía primitiva late, residual, en cada uno de nosotros. En otras palabras, que en todos nosotros resuena un poco de vibrato original. La muerte podría reincorporarnos al poema inicial. Ernst Jünger, con un pequeño fósil del precámbrico en el hueco de la mano, meditaba sobre la aparición de la vida (es decir, de la desdicha) y soñaba con los orígenes: «Un día sabremos que nos hemos conocido». [5]

Por último, quedaba la técnica de Munier: buscar en todas partes los ecos de la primera partitura, saludar a los lobos, fotografiar a las grullas, reunir a golpe de obturador a los tejones de la materia madre estallada por la Evolución. Cada animal era un centelleo de la fuente perdida. Por un instante se atenuaba nuestra tristeza por no palpitar ya en el sueño de la diosa medusa.

El rececho era una plegaria. Cuando mirábamos al animal hacíamos como los místicos: saludábamos el recuerdo animal. El arte también servía para eso: volver a pegar los trozos de lo

absoluto. En los museos pasábamos delante de los cuadros, teselas del mismo mosaico.

Yo le exponía estas consideraciones a Léo, que aprovechó un aumento de la temperatura para dormirse. Estábamos a -15 °C, el lobo se puso en marcha, pasó sin atacar a las gacelas.

SEGUNDA PARTE

El umbral

LA EVOLUCIÓN DE LOS ESPACIOS

El segundo día, al alba, salimos del campamento y nos dirigimos al oeste montados en todoterrenos. El sol blanqueaba la Tierra. «Corazón de las tinieblas luminosas», habría dicho un adepto del tao. Divisamos el lago Yaniugol al pie de los Kunlun, a cien kilómetros de nuestro refugio. Munier había dicho: «Vamos a la cabecera del valle. Habrá yaks». Un buen orden del día.

Nos hizo falta una jornada para cien kilómetros de rodadas. Las pendientes negras de los relieves se deslizaban del cielo, alisadas por millones de inviernos. El valle se abría, ancho, protegido por el piedemonte en su borde septentrional. De vez en cuando una cumbre de seis mil metros señalaba su presencia. ¿A quién le importaba? Los animales no subían hasta allí. El alpinismo no existía en esos parajes. Los dioses se habían retirado. Unas cárcavas arañaban las vertientes, como si el agua rehusara a bajar, o sea a morir. Estábamos a -20 °C, el desierto se llenaba de líneas de fuga: unos asnos galopaban en medio del polvo, unas gacelas batían récords. Los animales no se cansaban nunca. Las rapaces se cernían sobre las madrigueras de los roedores. Águilas reales, halcones sacres, cabras azules se entrecruzaban: bestiario medieval en los jardines helados. Un lobo merodeaba cerca de la pista, sobre un talud de aluviones, con ademán intranquilo. Ver a esos animales retozando a unos cinco mil metros de altitud era humillante. Yo tenía los pulmones abrasados.

El paisaje disponía sus estratos como los lienzos tibetanos colgados en las paredes de los monasterios. Tres bandas ordenaban el esplendor. En el cielo: el hielo eterno. En las laderas: las rocas donde se prendía la niebla. En el valle: seres ebrios de velocidad. Al cabo de diez días, cruzarse con estos animales ya era algo corriente. Yo me culpaba por acostumbrarme a esas apariciones. Imaginaba a Karen Blixen desayunando todas las mañanas al pie del Ngong como si nada, ante las explosiones de flamencos rosas. Me preguntaba si se habría cansado del esplendor. Había escrito *Memorias de África* , el libro más hermoso sobre el paraíso terrenal. Prueba de que no nos cansamos nunca de lo indescriptible.

El Chang Tang se acercaba, preludio de mi cita amorosa. Durante años había rondado ese torreón. A pie, en camión, en bicicleta, entre los veinte y los treinta y cinco años había recorrido sus umbrales sin penetrar en el interior, sin echar siquiera un vistazo por encima de las murallas. Esta meseta anegadiza del tamaño de Francia, que ocupaba el centro del Tíbet a cinco mil metros de media, enlazaba los Kunlun por el norte con la cordillera del Himalaya por el sur. La zona se libraba de la «ordenación del territorio», nombre de la devastación de los espacios por la tecnoestructura. Nadie poblaba el territorio, algunos nómadas lo cruzaban. Ninguna ciudad, tampoco carreteras. Lonas de tiendas restallando en las ráfagas: eso en cuanto a la presencia humana. Los geógrafos habían cartografiado vagamente este desierto de altitud, reproduciendo en mapas del siglo XXI los itinerarios fugaces de exploradores del siglo XIX . Sería bueno señalarles la existencia de esta meseta a los espíritus quejumbrosos del «fin de la aventura». Almas muertas que gimotean: «Hemos nacido demasiado tarde en un mundo sin secretos». A poco que se busquen, las zonas de sombra siguen existiendo. Basta con empujar las puertas correctas que llevan a las escaleras de servicio correctas. El Chang Tang brinda la escapada. Pero ¡cuánto cuesta llegar!

George B. Schaller, biólogo estadounidense —de fama mundial y pinta de marine guapetón— recorrió la zona en los años ochenta y estudió la fauna de osos, antílopes y leopardos. Avisó a los poderes públicos de la presencia de cazadores furtivos. Nadie le escuchó. Hubo que esperar a 1993 para que la región se clasificara como reserva natural y a la década de los 2000 para que se prohibiera cualquier tipo de caza. El libro de Schaller era nuestro evangelio, colocado en la luneta del coche. Se titulaba *Wildlife of the Tibetan Steppe* , lo cual, según las informaciones del más leído de nosotros, Léo, significaba en *patois* global: «Fauna salvaje de las estepas tibetanas». Años atrás Munier había coincidido con Schaller. El maestro le dio la enhorabuena por sus fotos de lobos árticos. Para nuestro amigo fue como si recibiera el espaldarazo del rey.

En este viaje habíamos proclamado a Schaller mentor por partida doble. Había desbrozado los misterios del Chang Tang. Además, en los años setenta viajó a pie por el Dolpo nepalés con el escritor Peter Matthiessen. Los dos estadounidenses iban tras las huellas de los barales azules y del leopardo de las nieves. Schaller pudo verlo, no así Matthiessen, quien escribió un libro laberíntico, también

llamado *El leopardo de las nieves* , donde se hablaba del budismo tántrico así como de la evolución de las especies. Matthiessen se interesaba esencialmente por sí mismo. Con Munier empezaba a darme cuenta de que la contemplación de los animales nos proyecta ante nuestro reflejo invertido. Los animales encarnan la voluptuosidad, la libertad, la autonomía: aquello a lo que hemos renunciado.

A cincuenta kilómetros del lago una claridad nueva se abría en el cielo; el espejo de agua reflejaba su luz. Una manada corría hacia el sur. Abrí el evangelio según Schaller, y reconocí los antílopes. La leyenda indicaba el nombre tibetano: *chirú* .

—¡Alto! —dijo Munier, que no necesitó la sabiduría de Schaller.

Dejamos los vehículos en medio de la pista. El pelaje de los antílopes amenizaba la aridez con manchas alegres. Blanco y grisáceo, más suave que el cachemir, su vellón les había condenado. Los furtivos vendían sus pieles a la industria textil, negocio planetario. La especie estaba amenazada de extinción a pesar de los programas gubernamentales de protección. La luz aureolaba los cuellos, y yo no me quitaba esta idea de la cabeza: uno de los rastros del paso del hombre por la Tierra será su capacidad de despejar el terreno. El ser humano había resuelto la cuestión filosófica de la definición de su naturaleza: era un limpiador.

De modo que, me decía con el ocular de los prismáticos pegado a las órbitas, la piel de estos seres «atando y desatando sus carreras fraternas» [6] está destinada a acabar sobre los hombros de unos seres humanos con facultades físicas notoriamente inferiores. Dicho de otro modo, Lucette, incapaz de correr cien metros, no se sonrojará nunca por llevar una bufanda de chirú.

Yo estaba tumbado en una cuneta del camino frente a una explanada de guijarros blancos con pendiente hacia el norte. Marie filmaba el combate de dos machos. Los cuernos se entrechocaban: repiqueteo de porcelana sobre taza de madera lacada. Los chirúes tenían dagas curvadas hacia delante. Podían rajar una barriga, pero no podían romper un cráneo. Los dos mosqueteros desenredaron los floretes. El vencedor corrió hacia la manada de hembras, su recompensa. Marie guardó la cámara.

—Se pelean, andan detrás de las chicas. La historia de siempre.

LO ÚNICO Y LO MÚLTIPLE

El lago Yaniugol, lugar sagrado del tao chino, estaba suspendido en plena estepa a cuatro mil ochocientos metros de altitud. Posaba su hostia de jade en la arena. Se nos apareció al atardecer, en el fondo del rellano, flanqueado al norte por los colmillos de los Kunlun a más de seis mil metros y bordeado al sur por el rastrillo del Chang Tang. Detrás de este, la meseta secreta.

A este espejo de agua lo llamamos «Lago del Tao». Todos los veranos llegaban peregrinos hasta aquí. Veneraban la idea de la unidad primordial. Algunos pretendían ser adeptos del no hacer. El tao era la inclusión de la preciosa intuición china en un territorio de fe búdica. La primera recomendaba no hacer nada, la segunda no desear nada. Pero ¿qué pintaban unos occidentales como nosotros en estos parajes?

El tao, difundido a partir del siglo VI a.C., se encaramó en la meseta tibetana. ¿Quién lo llevó a esos confines? ¿El propio Lao-Tse? La tradición representaba al Venerable montado en un búfalo, saliendo del mundo después de haber escrito el *Tao Te King* . Yo me representaba a su fantasma caminando todavía en la luz del siglo XXI.

En las orillas occidentales del lago, las autoridades chinas habían alineado unas barracas de obra para los discípulos. No había un alma y los paneles de chapa restallaban a merced de las ráfagas. Unas banderas rojas flotaban, una rapaz nadaba en el cielo. El aire estaba vacío; la vida, contenida. La luz caía. El agua seguía siendo lechosa entre las sombras.

Pusimos los sacos de dormir en las barracas, refrigeradas eficazmente por sus paredes metálicas. A las siete de la tarde cerramos a patadas la puerta desencajada. En el crepúsculo las gacelas seguían corriendo, unas picas daban saltitos y los buitres planeaban.

«¿Tu alma puede abarcar la unidad?», preguntaba el décimo capítulo del *Tao Te King* . Esta pregunta era un soporífero excelente. Me venía obsesionando desde que veíamos animales. El recuerdo de una fuerza primitiva, desperdigada en una multitud de formas

sádicas, se propagaba por el mundo. La fuente se había dividido, había ocurrido algo. Nunca sabremos qué. ¿El tao era el nombre del principio o el nombre de la multiplicidad? Yo abrí el primer canto:

Sin nombre, representa el origen del universo;
con un nombre es la madre de todos los seres.

El origen y los seres. Lo absoluto y las cosas.

Los místicos buscaban a la madre. Los zoólogos se interesaban por los descendientes.

Mañana fingiremos que somos los segundos.

EL INSTINTO Y LA RAZÓN

Una cumbre anónima se alzaba al sur. La habíamos visto desde que llegamos al lago: una pirámide sobresaliendo del macizo, en el borde del Chang Tang. Un día después de instalarnos en la playa del lago avanzamos en columna a través del glacis, hacia la montaña. Pensábamos llegar a la cima en dos días. El mapa la situaba a cinco mil doscientos metros. Allá arriba la vista abarcaría el horizonte, «será nuestro palco», dijo Léo. No ansiábamos otra cosa: un balcón sobre la inmensidad. Estábamos representando un sainete taoísta: subir al cielo para contemplar el vacío. Primero tuvimos que cruzar un río helado, y nuestras botas pisaron la porcelana. En la otra orilla empezó la escalada de los canchales.

Munier, Marie y Léo avanzaban abrumados por unas cargas de sherpas. Con los víveres y el equipo de vivac, además del material fotográfico, el peso de las mochilas de mis amigos ascendía a treinta y cinco kilos. Munier se echaba cuarenta a la espalda. Y no quería desprenderse de su bagaje cultural, el ladrillo de Schaller. A mí me daba apuro no contribuir al esfuerzo colectivo. Trataba de compensarlo tomando notas y leyéndoselas a mis compañeros cuando hacíamos un alto. La tinta se congelaba, tenía que escribir frases demasiado rápidas: «Las vertientes se estrían con vetas negras, escurridas del tintero de un dios que hubiera posado la pluma después de escribir el mundo». Juro que no eran imágenes exageradas, porque los conos detríticos de cinco mil metros de altitud tenían forma de tinteros colocados encima de una mesa, y una pátina azabache manchaba sus flancos. Muy lejos, los yaks en suspensión marcaban la puntuación.

Los escombros acorazaban de bronce las laderas oscuras. La pátina reflejaba la luz que respirábamos. Caminábamos cegados por el frío y lavados por el viento. Mis compañeros se sentaban en las gradas para coger aliento. Los desfiladeros abrían pasillos oscuros. Convocaban a tres razas: el contemplador, el prospector y el cazador. Nosotros éramos de la primera. Cada valle nos atraía, pero no nos desviábamos de nuestra meta. Por la noche montamos las tiendas a cuatro mil ochocientos metros en el fondo de un barranco

seco; antes del anochecer subimos a un pico, doscientos metros más arriba, que coronaba un valle glaciar. A las seis un yak se alzó sobre la cresta opuesta, a un kilómetro. Luego otro, otro más, hasta que fueron veinte, aparecidos en la última claridad. Sus masas recortaban las almenas de un castillo.

Eran tótems que atravesaban las edades. Pesados, potentes, silenciosos, inmóviles: ¡tan poco modernos! No habían evolucionado, no se habían cruzado. Los mismos instintos les guiaban desde hacía millones de años, los mismos genes codificaban sus deseos. Se mantenían contra el viento, contra la pendiente, contra la mezcla, contra toda evolución. Permanecían puros, porque eran estables. Eran los navíos del tiempo detenido. La Prehistoria lloraba y cada una de sus lágrimas era un yak. Sus sombras decían: «Somos de la naturaleza, no cambiamos, somos de aquí y de siempre. Vosotros sois de la cultura, plásticos e inestables, innováis sin cesar, ¿adónde vais?».

Termómetro a -20 °C. Nosotros, los hombres, estábamos condenados a no hacer otra cosa que no fuera pasar por estos parajes. La mayor parte de la superficie de la Tierra no estaba abierta a nuestra raza. Débilmente adaptados, especializados en nada, teníamos nuestro córtex como arma fatal. Nos permitía todo. Podíamos someter el mundo a nuestra inteligencia y vivir en el medio natural que escogiéramos. Nuestra razón paliaba nuestra debilidad. Nuestra desdicha consistía en la dificultad de escoger dónde quedarnos.

¿Cómo decidir entre nuestras tendencias contrarias? No éramos seres «carentes de instintos», como afirmaban los filósofos culturalistas; al contrario, cargábamos con demasiados instintos, y contradictorios. El hombre padecía su indeterminación genética: el precio a pagar era la indecisión. Nuestros genes no nos imponían nada, debíamos elegir entre todas las posibilidades que se ofrecían a nuestra voluntad. ¡Qué vértigo! ¡Qué maldición, la de poder abarcarlo todo! El hombre ardía en deseos de hacer lo que temía, aspiraba a transgredir lo que acababa de construir, soñaba con aventuras recién vuelto a casa, pero añoraba a Penélope en cuanto se hacía a la mar. Capaz de todos los embarcos posibles, se condenaba a no estar nunca contento. Soñaba con el «a la vez». Pero el «a la vez» no es posible en lo biológico, ni deseable en lo psicológico, ni sostenible en lo político.

Algunas noches, soñando despierto en una terraza parisina del

distrito quinto, me veía plácidamente instalado en una cabaña de Provenza, pero enseguida apartaba esa visión para imaginarme corriendo aventuras. Incapaz de fijarme una dirección única, vacilando entre la parada y el movimiento, sometido a la oscilación, envidiaba a los yaks, monstruos encadenados en su determinismo y por ende dotados de la satisfacción de ser lo que eran, plantados allí donde podían sobrevivir.

Los genios de la humanidad eran hombres que habían escogido una vía única, sin desviarse. Hector Berlioz veía en la «idea fija» la condición del genio. Sometía la calidad de una obra a la unidad del motivo. Si se quería pasar a la posteridad más valía no mariposear.

El animal se limitaba, por necesidad, al ambiente donde el azar le había confinado. La codificación le predisponía a sobrevivir en su biotopo, por hostil que fuera. Y esta adaptación le hacía soberano. Soberano por no tener ganas de estar en otra parte. El animal, esa idea fija.

La temperatura bajaba, había que partir. Dejamos a los yaks. Rumiaban, no se movieron. Éramos los amos del mundo, pero unos amos frágiles y atormentados. Éramos Hamlet vagando por las murallas.

Volvimos al campamento, nos deslizamos en los sacos de dormir. Antes de bajar las cremalleras de las tiendas Munier nos recomendó:

—No os pongáis tapones Quies, puede que canten los lobos.

Si me iba de viaje era para oír frases como esa.

Luego la luna se levantó y no pudo hacer nada por nosotros, estábamos a -30 °C bajo la lona. Los sueños se helaban.

LA TIERRA Y LA CARNE

A las cuatro de la madrugada, el despertar. El termómetro marcaba -35 °C. En qué cabeza cabe salir del saco de dormir.

Para no sucumbir al frío en esas condiciones había que organizarse. Cada gesto debía responder a un solfeo: encontrar un guante, atarse las botas dentro del saco, colocar en orden cada objeto, quitarse una manopla para apretar una hebilla, volver a ponérsela a toda prisa. Si tardabas un poco el frío se apoderaba de un miembro y solo lo soltaba para morder otro. El frío merodeaba dentro del organismo. Con el paso de los años el cuerpo no se curte. Pero ejercitándose en los gestos precisos se reducen los sufrimientos. Munier había recogido tantas veces su equipo de vivac en los inviernos de Ellesmere y de Kamchatka que lo hacía deprisa y no parecía acusar demasiado sus ataques. Los gestos de Léo eran precisos. Estuvo listo antes que yo, saco cerrado y ropa ajustada. Marie y yo, más desordenados, experimentamos el dolor de un despertar en cámara fría y sentimos alivio al ponernos en marcha. El *Tao* decía que «el movimiento vence el frío». También era ese el primer principio de la termodinámica. Aquella mañana, conforme a las indicaciones del pensamiento chino y de la física térmica, nos entregamos de buena gana al esfuerzo.

Subimos a cinco mil doscientos metros por largas cresterías. Íbamos despacio porque estábamos mal aclimatados. La pequeña cumbre era una plataforma de piedras planas estalladas por el hielo. Salió el sol y, allá arriba, la vista por fin se abrió sobre la alta meseta del Chang Tang. Era una tabla de mil kilómetros, vibrante de polvo, veteada de pantanos blancos. La niebla hacía horizonte. En ese vacío había vida, encubierta.

Yo imaginaba largas travesías de este a oeste. Hay lugares con nombres que sirven para soñar, y el Chang Tang desempeñaba esa función para mí. A veces los nombres mágicos se convierten en títulos de cuadros o poemas. Victor Segalen soñó con el *Thibet* al que no llegó nunca y cuyo nombre escribía así, con una hache. Lo veía como una sima para la purificación del alma. Luego *Thibet* fue el título de una de sus antologías, declaración de amor a las patrias

inaccesibles. Expresaba la *Fernweh* germánica, nostalgia de unos confines a los que no se llegará nunca. El Chang Tang a mis pies brindaba su nada para próximas aventuras: era un reino por conquistar, una tierra para recorrer a caballo, en columna, llevando banderines. Algún día cruzaríamos en derechura su rostro seco. Me alegraba de haberlo visto desde tan arriba. Concertaba una cita formal con lo que no conocería nunca.

Nos quedamos un par de horas en la cumbre y no vimos ningún animal, ni siquiera una rapaz. Una sangría en el terreno indicaba que los chinos habían reventado la zona con excavadoras. ¿Prospecciones mineras?

—La región se ha despoblado —dijo Munier—, como nuestros Vosgos. Cuando era muy joven, en los años sesenta, mi padre alertó a sus conciudadanos. Presentía los desastres. Rachel Carson había escrito *Primavera silenciosa* para denunciar los pesticidas. Por entonces no eran muchos los que veían asomar la amenaza. René Dumont, Konrad Lorenz, Robert Hainard predicaban en el desierto. Mi padre languidecía, le tachaban de izquierdista, lo convirtió en una enfermedad: cáncer de tristeza.

—Padeció la Tierra en su carne —dije.

—Algo así —dijo Munier.

Volvimos en una jornada al centro del mundo, nuestro lago. Caía la noche, nos sentamos a la orilla después de ocho horas de marcha. El silencio canturreaba. Los Kunlun, ya en sombras, montaban una guardia amistosa. La meseta estaba vacía. Ni un ruido, ni un movimiento, ni un olor. Era el gran sueño. El tao reposaba, lago sin arrugas. De su placidez nacía la enseñanza:

> *Ante la agitación bulliciosa de los seres contempla solo su retorno.*
> *Los seres diversos del mundo volverán a su raíz.*
> *Volver a la raíz es hallar el reposo.*

Me gustaba este hermetismo narcótico. El *Tao* , como el humo del cigarro, dibuja enigmas dulces. No hace falta entender gran cosa, pero el entumecimiento es tan voluptuoso como la lectura de san Agustín.

El monoteísmo no habría podido nacer en el Tíbet. La proposición del Dios único se forjó en el Creciente Fértil. Unos pueblos ganaderos y agricultores se organizaban en masa. A la orilla de los ríos aparecían las ciudades. No podían conformarse ya con degollar

toros para la diosa madre. Había que dirigir la vida colectiva, celebrar las cosechas y disciplinar a la grey. Se ideó una clasificación del mundo en la que se glorificaron los rebaños. Se inventó un pensamiento universal. El tao, en cambio, era una doctrina para el solitario, el que vaga por la meseta. Una fe de lobo.

—¡Sigue leyendo el *Tao* ! —me dijo Léo.

— «Todos los seres han salido del Ser. »

Ningún antílope en su sprint vino a contradecir el poema.

TERCERA PARTE

La aparición

Ahora, el Dios. Munier quería llegar a Zadoi, en el extremo este del Tíbet, surcado por el Mekong en su curso alto. Desde allí subiríamos a los macizos donde se escondían los leopardos supervivientes.

—¿Supervivientes de qué? —dije.

—De la propagación del hombre —dijo Marie.

Definición de hombre: la criatura más próspera de la historia de los seres vivos. Como especie nada la amenaza: rotura, construye, se propaga. Después de extenderse, se apiña. Sus ciudades suben hacia el cielo. «Habitar el mundo como poeta», escribió un poeta alemán en el siglo XIX . [7] Era un buen plan, un deseo ingenuo. No se había realizado. En sus rascacielos, el hombre del siglo XXI habita el mundo como copropietario. Ha ganado la partida, sueña con su futuro, le echa el ojo al próximo planeta para que absorba sus excedentes. Los «espacios infinitos» no tardarán en ser su vertedero. Hace varios milenios el Dios del Génesis (cuyas palabras fueron recogidas antes de que se volviera mudo) habló claro: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la Tierra y sojuzgadla» (1,28). Cabe pensar razonablemente (sin ofender al género clerical) que el plan se llevó a cabo, que la Tierra fue «sojuzgada», y que había llegado el momento de dar un descanso a la matriz uterina. Éramos ocho mil millones de hombres. Quedaban varios miles de leopardos. La humanidad ya no jugaba una partida equitativa.

SOLO LOS ANIMALES

El año anterior Munier y Léo habían pasado una temporada en la orilla derecha del río, donde observaron a las fieras cerca de un monasterio budista. Bastaba con el nombre de Mekong para justificar el viaje. Los nombres resuenan y nosotros vamos hacia ellos, imantados. Como Samarcanda y Ulan Bator. A otros les bastaba con Balbec. ¡Algunos incluso vibraban de emoción al oír el nombre de Las Vegas!

—¿Te gustan los nombres de lugares? —le pregunté a Munier.

—Mejor los nombres de animales —dijo.

—¿Tu preferido?

—El halcón, mi animal tótem. ¿Y el tuyo?

—Baikal, mi lugar sagrado.

Volvimos a subirnos los cuatro a los todoterrenos y durante dos días cruzamos otra vez los glacis por donde habíamos venido, «sobre los taludes aluviales del holoceno», como diría mi profesor de geomorfología de la Universidad de Nanterre-Paris X. El aire frío crujía. La cortina que levantaban nuestros vehículos era un polvo de morrena, molida por los glaciares y sedimentada hacía millones de años. En la geografía nadie hace limpieza.

Respirábamos escorias, el cielo olía a sílex. Marie filmaba el sol a través de las nubes de polvo levantadas por las manadas. Sonreía contemplando el vacío. Léo reparaba los aparatos estropeados por los choques, le gustaban los sistemas en orden de marcha. Munier musitaba nombres de animales.

La carretera de Zadoi estaba destrozada e íbamos al paso. Unas elevaciones de granito defendían débilmente las mesetas. La pista subía por una loma, entre dos neveros sucios: nos alegramos de pasar un collado. Después venían horas de curvas. La tierra olía a agua fría. País sin nieve, blanco de polvo. ¿Por qué nacía en mí un sentimiento de amistad hacia esos paisajes despojados de matices, esos relieves abruptos y esos climas brutales? Nací en la Cuenca parisina, mis padres me familiarizaron con las atmósferas del Touquet. En Picardía, bajo un cielo gris, visité el pueblo natal de mi padre. Me enseñaron a apreciar a Courbet, la benignidad de la

Thiérache y la Normandía. Estaba más cerca de Bouvard y Pécuchet [8] que del Gengis Kan, y sin embargo en esos glacis me sentía como en casa. En plena estepa de Asia central, donde había estado con frecuencia —Turquestán ruso, Pamir afgano, Mongolia y Tíbet— había tenido la sensación de cruzar mis propios umbrales. En cuanto se levantaba viento volvía a sentir el aire del país. Dos explicaciones: o es que en una vida anterior había sido un palafrenero mongol (y los ojos almendrados de mi difunta madre confirmarían esta hipótesis metempsíquica), o es que esos aplanamientos geográficos reflejaban mi estado de ánimo. Como era neurasténico necesitaba estepas. Esto a lo mejor podría dar pie a una teoría geopsicológica: los hombres armonizarían su gusto geográfico con sus humores. Los espíritus ligeros amarían los prados floridos; los corazones aventureros, los precipicios de mármol; las almas negras, los sotobosques de la Brenne; los seres más toscos, los zócalos graníticos.

Poco antes de llegar al asfalto del eje Golmud-Lhasa apareció un lobo. Trotaba a lo largo del talud con el cuello estirado. Volvió la cabeza sin aminorar el paso para asegurarse de que no nos dirigiéramos hacia él y se desvió en ángulo recto. Cortó la carretera hacia los contrafuertes del norte. En ese preciso momento irrumpieron un centenar de asnos salvajes al galope. Fue un ballet lento en un escenario gigante. Los movimientos de cada cual seguían el eje de una coreografía: el lobo trotaba, los asnos galopaban, pasaron a cincuenta metros de un grupo de antílopes chirúes y de una manada de gacelas *Procapra* inmovilizada en los carrizos. Cada manada se rozaba, ninguna se mezclaba con las otras y los asnos siguieron su camino sin molestar a nadie. Los animales se acercan, se soportan, pero no intiman. No mezclarlo todo: buena solución para la vida en grupo.

El lobo pasó por detrás de la manada y se alejó por el glacis, a buena distancia. Los lobos pueden recorrer ochenta kilómetros de un trecho. Ese parecía saber adónde iba. Los asnos le vieron. Algunos le vigilaban con una rotación del cuello. Ninguno parecía espantado. En el mundo de la fatalidad las presas y las fieras se cruzan y se conocen. Los herbívoros saben que a uno de ellos le tocará algún día y que es el precio para poder pastar al sol. Munier me dio una explicación más convincente:

—Los lobos cazan en jauría con una estrategia de ataque y agotamiento de las presas. Pero un lobo aislado frente a una

manada poco puede hacer.

Nos acercábamos al alto Mekong. A esta altitud el río no era más que un serpentín. Una mañana, en un barranco amarillo colgado a la altitud del monte Blanco, cerca de una granja erizada de banderas rituales, sorprendimos a tres lobos en la ladera, tres bandidos después de la rapiña. Remontaban hacia la cresta y el último llevaba en las fauces un trozo de carne. Los perros aullaban como locos sin atreverse a lanzarse en su persecución. Los perros, como los hombres: rabia en los labios, canguelo en el vientre.

Sus amos estaban en la puerta mirando la escena, de brazos caídos: «¿Qué hacer y quién tiene la culpa?», parecían decir. Los tres lobos corrían, arrogantes, soberanos, impunes, irrefutables, como el sol. Se apostaron en la cresta y el más joven de los tres devoró la caza, mientras los dos adultos oteaban, patas anteriores tensas, costillas salientes. Subimos hacia ellos ocultándonos en la cuesta. Cuando llegamos arriba se habían desvanecido. Una lechuza batía el aire, un zorro ladraba, unas gacelas rasuraban el talud. Ni rastro de los lobos.

—Se han retirado, pero no andan lejos —susurró Munier.

Era una buena definición de la naturaleza salvaje: lo que todavía está ahí pero no se ve. Nos quedaba el recuerdo de los tres forajidos trotando en la aurora, seguidos por los ladridos de los perros y desapareciendo hacia otras correrías. Un cuarto de hora antes de que llegáramos abajo, los lobos cantaban respondiendo a una llamada procedente del norte.

—Van a unirse a una jauría. Tienen lugares de cita —dijo Munier—. Ver un lobo me perturba.

—¿Por qué?

—El eco de los tiempos salvajes. He nacido en una Francia superpoblada, donde el vigor se agota y el espacio se reduce. En Francia, un lobo mata una oveja: los ganaderos se manifiestan. Sacan pancartas: «¡No al lobo!».

¡Lobos! No os quedéis en Francia, ese país es demasiado aficionado a la administración de los rebaños. Un pueblo que ama las *majorettes* y los banquetes no puede soportar que un amo de la noche deambule en libertad.

Los granjeros ya se retiraban a su majada dando puntapiés a los dogos. En tierra, la gacela corre, el lobo merodea, el yak rueda, el buitre medita, el antílope sale pitando, la pica toma el sol y el perro paga por todos.

EL AMOR EN LOS GLACIS

La pista había alcanzado un afluente que serpenteaba en la meseta rocosa, a unos cinco mil metros. Unas torrecillas calizas erizaban los bordes del barranco. Unas cuevas punteaban ese muro defensivo y dibujaban lágrimas negras en la pared.

—Es un reino para los leopardos —dijo Munier.

La majada donde quería instalar nuestro campamento estaba aún a cien kilómetros.

Un gato de Pallas, *Otocolobus manul* , apareció sobre una cresta por encima de la pista, con su cabeza hirsuta, sus caninos-jeringas y sus ojos amarillos que corregían con un brillo diabólico su gracia de peluche. Este pequeño felino vivía amenazado por todos los depredadores. Parecía enfadado con la Evolución por haberle otorgado tal dosis de agresividad en un cuerpo tan encantador. «Como se os ocurra acariciarme me lanzo a vuestro cuello», decía su mueca. Por encima de él una cabra azul, plantada sobre una arista, encajaba la voluta de sus cuernos entre las crestas. Así los animales vigilan el mundo, como las gárgolas controlan la ciudad desde lo alto de los campanarios. Pasamos al pie de ellos sin enterarnos. Durante todo el día practicamos la misma gimnasia. Cuando divisábamos un animal bajábamos del vehículo, trepábamos, preparábamos los aparatos. En cuanto estábamos en posición, todo el mundo había desaparecido.

No me atrevía a exponerle mis conclusiones a Léo pero era evidente: Munier y Marie se querían. En silencio, sin aspavientos. Él, alto y escultural, poseía las claves de la lectura del mundo y respetaba el misterio de esa chica elástica que no se confiaba. Ella, suntuosamente neumática, callada, admiraba al hombre que sabía secretos pero no adivinaba los suyos. Eran dos jóvenes dioses griegos en hermosos animales superiores. Me alegraba de verlos juntos aunque fuera a -20 °C y estuvieran tumbados sobre una mata de espino.

—Quererse es quedarse inmóvil, uno al lado del otro, durante horas —dije.

—Estamos hechos para los aguardos —confirmó Marie.

Esa mañana filmó un gato de Pallas y Munier avizoró los repliegues para determinar qué perrito de las praderas iba a morir en la arena.

De modo que Munier, disgustado por la afrenta de los hombres a la naturaleza, aún sentía algún afecto por sus semejantes. Destinaba sus sentimientos a beneficiarios concretos y formalmente identificables. Yo admiraba ese uso selectivo del amor. Un uso honesto.

Munier, aunque era muy caritativo, no se consideraba humanista. Prefería el animal en el ocular de sus prismáticos al hombre en su espejo, y no colocaba al ser humano en lo alto de la pirámide de los seres vivos. Sabía que nuestra raza, recién llegada a la casa terrestre, pretendía ser su regente y afianzaba su gloria borrando por completo lo que no era ella misma.

Mi compañero no entregaba su amor a la idea abstracta del hombre, sino a unos elegidos reales; aquí, los animales y Marie. La carne, los huesos, los pelos, la piel: antes que los sentimientos necesitaba tener algo en la mano.

EL AMOR EN EL BOSQUE

Yo también había amado a alguien. El amor hizo su trabajo, todo lo demás desapareció. Era una chica tibia y blanca que vivía en el bosque de las Landas. Por la noche dábamos paseos entre los árboles. Los pinos plantados ciento cincuenta años antes habían colonizado las marismas, prosperado detrás de las dunas, y propagaban un aroma acre y cálido: un sudor del mundo. Las pistas eran cintas mullidas por las que se caminaba ágilmente. «Hay que vivir a paso de siux», decía ella. Sorprendíamos animales, un pájaro, un corzo. Una culebra huía. Los hombres de la Antigüedad —músculos de mármol y ojos blancos— veían en esas visiones de animales la aparición de un dios.

«Está herido y no puede huir, la ha visto, va a morir.» Durante meses oí frases como esta. Aquella tarde una araña errante —«una araña lobo», decía ella— había sorprendido a un escarabajo longicornio detrás de un tallo de helecho. «Le va a inyectar una dosis letal, va a devorarle.» Lo mismo que Munier, ella sabía esas cosas. ¿Quién le había inoculado esas intuiciones? Era un saber de las edades antiguas. La inteligencia de la naturaleza fecunda a ciertos seres sin que hayan estudiado. Son videntes, descubren los enigmas de la disposición de las cosas, mientras que los científicos estudian una sola pieza del edificio.

Ella leía en los arbustos. Entendía a los pájaros, a los insectos. Cuando los carrizos se abrían, decía: «Es la oración de la flor a su dios el sol». Salvaba hormigas caídas a una acequia, caracoles enredados en las zarzas, un pájaro con el ala rota. Ante un escarabajo decía: «Es una pieza del blasón, merece nuestra veneración, está engastado en el juego». Un día, en París, en la plaza de Saint-Séverin, un gorrión se posó en su cabeza y me pregunté si yo era digno de una mujer que servía de percha a los pájaros. Era sacerdotisa, yo la seguía.

Vivimos en los bosques de la noche. Su granja de caballos ocupaba diez hectáreas de las Landas, en el lado oeste de una pista cuyas roderas le parecían la mejor garantía de una vida disimulada. Había arreglado una cabaña de pino detrás del lindero. Una charca

era el eje de la finca. Los ánades reales descansaban allí, los caballos abrevaban. Alrededor, una hierba tupida brotaba en la arena que pisaban los animales. Todas las comodidades en la cabaña: una estufa, libros, una escopeta Remington 700, lo necesario para preparar el café, un tejadillo para beberlo y unos arreos que olían a savia. Un pastor de Beauce guardaba este reino, afilado, tenso como un perro de Beretta 92 y cariñoso con quien se mostraba educado. Habría degollado al primer inoportuno. Yo me libré.

A veces nos sentábamos en las dunas. El océano pulsaba su rabia y las olas se desplomaban, nunca cansadas. «Debe de haber una vieja disputa entre el mar y la tierra.» Yo decía cosas así, que ella no escuchaba.

Con la nariz hundida en su pelo que olía a boj, dejaba que desarrollara sus teorías. El hombre había aparecido sobre la Tierra hacía varios millones de años. Se presentó sin invitación, con la mesa puesta, los bosques desplegados y los animales divagantes. La revolución neolítica, como todas las revoluciones, tocó a Terror. El hombre se proclamó jefe del politburó de los seres vivos, se aupó a la cima de la escala e inventó un montón de dogmas para legitimar su dominación. Todos defendían la misma causa: uno mismo. «¡El hombre es la resaca de la borrachera de Dios!», decía yo. A ella no le gustaban esas ocurrencias, me acusaba de tirar petardos inútiles.

Ella me había iniciado en una idea que le expuse a Léo en las dunas tibetanas. Los animales, las plantas, los seres unicelulares y el neocórtex son fractales del mismo poema. Me hablaba de la sopa inicial: hace cuatro mil quinientos millones de años hubo una materia principal, desleída en las aguas. El Todo era anterior a las partes. De ese caldo salió algo. Se produjo una separación, luego una bifurcación de formas y una complicación de cada una. Ella veneraba a cada animal como un destello del espejo. Recogía un diente de zorro, una pluma de garza, un pico de sepia, y murmuraba contemplando a sus tejones: «Procedemos de lo Mismo».

Arrodillada en la duna, decía: «Va a encontrar su columna, la ha atraído el jugo de la orpina, las otras han ido a lo fácil».

Esta vez era una hormiga que se reunía con su procesión después de dar un rodeo hasta un botón amarillo. ¿De dónde había sacado su infinita ternura por la minucia de los animales? «De su afán por

hacer las cosas bien —decía ella—, de su precisión. Nosotros no somos serios.»

En verano el cielo era transparente. El viento desordenaba la ola, una nube nacía del remolino. El aire estaba caliente; el mar, loco; la arena, blanda. En la playa los cuerpos humanos yacían. El pueblo francés había engordado. ¿Culpa de las pantallas? Desde los años sesenta las sociedades se habían sentado. Desde la mutación cibernética, las imágenes desfilaban delante de unos cuerpos inmóviles.

Un avión pasaba por el cielo arrastrando un letrero publicitario de una web de encuentros adúlteros. «¿Te imaginas que el piloto sobrevuela la playa y ve a su mujer tumbada junto a un señor que ha conocido en la web?», decía yo.

Ella miraba a las gaviotas surfear el viento que sostenía el *swell* , a pleno sol.

Volvíamos a la cabaña por las pistas blandas. Su pelo ahora olía a cirio. Según ella, los árboles rumoreaban cosas llenas de sentido. Las hojas eran un alfabeto. «Los pájaros no vocalizan por vanagloria —decía—, cantan himnos patrióticos o serenatas: estoy en mi casa, te quiero.» Llegábamos a la cabaña y ella descorchaba un vino del Loira, de arena y de niebla. Yo bebía a muerte, el veneno rojo me hinchaba las venas. La noche ascendía en mí. Una lechuza gritaba. «La conozco, es la de la zona, el genio de la noche, la capitana generala de los árboles muertos.» Era una de sus obsesiones: rehacer una clasificación de los seres vivos, no ya según el método estructural de los parentescos de Linneo, sino con arreglo a un orden transversal que juntara las disposiciones de los animales con las de las plantas. Estaban también el genio de la voracidad —compartido por el tiburón y la planta carnívora—, el genio del resorte — propio de la araña saltarina y del canguro—, el genio de la longevidad —blasón de la tortuga y la secoya— y el del disimulo —encarnado por el camaleón y el insecto palo—. Daba igual que estos seres vivos no pertenecieran al mismo filo biológico, con tal que estuvieran dotados de los mismos talentos. Por eso ella decía que un cuco y una duela, por su sentido de la oportunidad y el sutil conocimiento de sus víctimas, se parecen más entre sí que a otros miembros de sus respectivas familias. El mundo vivo desplegaba ante ella una panoplia de estrategias de guerra, amor y movimiento.

Se levantaba para recoger los caballos. Era una visión prerrafaelita: una mujer lenta, dura, clara y precisa caminando bajo

la luna, seguida de su gato, un ganso, unos caballos sin ronzal y un perro. Solo faltaba un leopardo bajo las constelaciones. Todos se deslizaban, erguidos, sin roces ni ruidos, sin tocarse, perfectamente alineados y perfectamente distantes, seguros de su dirección. Una tropa en orden. Los animales se habían puesto en movimiento como resortes al menor estremecimiento de su dueña. Ella era una hermana de san Francisco de Asís. Si hubiera creído en Dios, habría ingresado en una orden de la pobreza y la muerte, un comunismo místico y nocturno en el que invocara a Dios sin la mediación de la clericatura. De hecho, su trato con los animales era una oración.

La perdí. No quiso seguir conmigo porque yo me resistía a entregarme atado de pies y manos al amor a la naturaleza.

Habríamos vivido en una finca, en un bosque profundo, una cabaña o una ruina, entregados a la contemplación de los animales. El sueño se desvaneció y la vi alejarse tan dulcemente como se había acercado, flanqueada por sus animales en el bosque del anochecer. Reanudé mi camino, un viaje detrás de otro, saltando del avión para subirme al tren, y chillando, de conferencia en conferencia (y en un tono convencido), que al hombre le convenía dejar de agitarse. Recorría la Tierra y cada vez que me encontraba con un animal era el rostro de ella desvanecido el que se me aparecía. Por todas partes la seguía. Cuando Munier, a la orilla del Mosela, me habló del leopardo de las nieves, no sabía que lo que me proponía era ir en busca de esa mujer.

Si veía al animal, mi único amor reaparecería, incorporado al leopardo. Yo brindaría cada uno de mis encuentros a su recuerdo roto.

UN GATO EN UNA GARGANTA

Zadoi pasó y la pista atravesó una garganta a cuatro mil seiscientos metros de altitud. Estábamos en la majada de Bapo, en la orilla izquierda del Mekong, a quinientos metros de la orilla. Más adelante bautizaríamos el paraje como «cañón de los leopardos». Tres chozas de adobe del tamaño de casetas de playa guardaban la entrada a un desfiladero excavado en el karst. Las crestas blancas comidas por un liquen color heces de vino culminaban a más de cinco mil metros y se abrían sobre inmensos declives donde pastaban los rebaños. El hililllo de agua helada brotaba entre las paredes y dibujaba tres meandros antes de derramarse en el río. Había que andar veinte minutos para llegar a los arenales, adonde todas las mañanas se dirigían los yaks domésticos soñando con encontrar un pasto más abundante que la víspera.

Ni agua corriente, ni electricidad, ni calefacción. El viento sembraba bramidos. Los perros montaban una guardia celosa. La pista corría bajo el talud, paralela al río, trayendo a veces una visita. El todoterreno del pastor de yaks era la esperanza de una excursión al mundo moderno, en lugar de Zadoi, cincuenta kilómetros al este.

La familia trashumante pasaba el invierno aquí, reinando sobre noches a -20 °C y sobre doscientos yaks, a la espera de que la primavera volviese y el viento se calmase. Los despeñaderos eran un paraíso para el leopardo. Las cavidades ofrecían recovecos. Los yaks y los barales azules ofrecían las provisiones de boca. Los hombres, por su parte, no les acosaban. Los cuatro íbamos a quedarnos diez días allí.

Los tres niños eran resecos como una fusta. Su vivacidad les protegía de las temperaturas negativas. Al amanecer Gompa, seis años, y sus dos hermanas mayores, Yisso y Yia, de ojos rasgados y dientes blancos, llevaban a los animales hasta los pastos y los traían de vuelta al campamento al anochecer. Pasaban todo el día en el macizo batido por el viento, guiando a unos animales seis veces más

corpulentos que ellos. Habían visto al leopardo al menos una vez en su vida de diez años. En tibetano, leopardo de las nieves se dice *saâ* , y los chiquillos se esforzaban siempre en pronunciar el nombre muy fuerte, como una interjección, haciendo muchas muecas y poniendo los índices delante de boca para imitar los colmillos. La clase de niños a los que no se duerme con cuentos de Perrault. De vez en cuando, en un valle del alto Mekong, el leopardo se llevaba un crío, nos había dicho el padre.

Tuye, el cabeza de familia, de cincuenta años, nos cedió la choza más pequeña. Reunía las condiciones de un lujo concreto: la puerta se abría sobre unos despeñaderos por donde merodeaban los animales. Los perros nos adoptaron, una estufa calentaba el cuarto. Delante del campamento el agua del río corría una hora diaria, con el sol más caliente. A veces nos visitaban los niños. Horas de frío, silencio y soledad, paisaje inmutable, cielo de piedra, orden mineral y temperaturas negativas: días destinados a la estabilidad. Conocíamos nuestro destino.

Nuestro tiempo se equilibró entonces entre las marchas forzadas y las horas de hibernación. Por la noche visitábamos a la familia en la choza vecina. Tras la puerta de madera reinaba una tibieza oscura. La madre batía té con mantequilla, acompasando el silencio. En el Tíbet las habitaciones familiares son vientres cálidos para librarse de los días de granizo. Un gato dormía, guardando en sus venas el gen diluido del leopardo: por haber escogido ronronear al amparo del calor, ya no conocería el placer de sangrar un yak. Su pariente lejano, el lince, seguía viviendo fuera, prefiriendo la tempestad al torpor. Un buda en sus dorados relucía a la luz de las lámparas de aceite y el zumbido del aire nos adormecía lo suficiente para que soportáramos mirarnos unos a otros sin pronunciar palabra. No deseábamos nada. Buda había ganado: su nihilismo infundía el embotamiento. El padre desgranaba su rosario. El tiempo pasaba. El silencio era la marca de nuestra devoción hacia él.

Por la mañana nos encaminábamos a la garganta. Munier nos apostaba en un banco de piedra o en lo alto de una cresta, por encima del desfiladero. A veces nos separábamos en dos grupos. Munier se llevaba a Marie a un repliegue cercano. En lontananza el Mekong trenzaba cabelleras blancas.

Esperábamos que apareciese aquel por quien habíamos venido, el leopardo de las nieves, «onza» por su nombre científico, el emperador que había jurado fidelidad a esta garganta, cuyas

apariciones públicas habíamos venido a admirar.

LAS ARTES Y LOS ANIMALES

En el mundo quedan cinco mil leopardos. Con los números delante, hay más seres humanos vestidos con abrigos de pieles. Las onzas se escondían en los macizos centrales, del Pamir afgano al Tíbet oriental, del Altái al Himalaya. El área de distribución coincidía con el mapa de las aventuras históricas en la alta Asia. La expansión del imperio mongol, las incursiones psiquiátricas del barón Ungern-Sternberg, los itinerarios de los monjes nestorianos a través de Serindia, los esfuerzos soviéticos en las periferias de la Unión, las campañas arqueológicas de Paul Peillot en Turkestán: estos movimientos cubrían la cartografía del leopardo. Los hombres se habían comportado allí como fieras muy meritorias. Munier, por su parte, llevaba cuatro años patrullando en el borde oriental de la zona. Había pocas posibilidades de divisar una sombra en un espacio tan grande como la cuarta parte de Eurasia. ¿Por qué no se habría especializado mi compañero en el retrato humano, oficio con futuro? Mil quinientos millones de chinos contra cinco mil leopardos: a este muchacho le gustaba complicarse la vida.

Los buitres se relevaban, centinelas del réquiem. Las crestas eran las primeras en recibir el día. Un halcón asperjaba el barranco con su bendición. El turno de guardia de las aves carroñeras me hipnotizaba. Velaban para que en la Tierra todo fuera como es debido: es decir, que la muerte se llevara su lote de animales y repartiera las raciones. Abajo, en las pendientes rápidas que biselaban la garganta, los yaks pacían. Tendido en la hierba, en un rececho tranquilo y frío, Léo escrutaba cada roca con un monocular. Yo no era tan minucioso. La paciencia tiene sus límites y los míos se detenían en el barranco. A cada animal le atribuía un lugar en la escala social del reino. El leopardo era el monarca, y su invisibilidad confirmaba su condición. Reinaba, y por tanto no necesitaba mostrarse. Los lobos hacían de príncipes felones; los yaks, de grandes burgueses bien abrigados; los linces eran mosqueteros; los zorros, tagarotes de provincias, mientras que las cabras azules y los asnos encarnaban al pueblo. Las rapaces simbolizaban a los sacerdotes, señoras del cielo y de la muerte,

ambiguas. A estos eclesiásticos con librea de plumas no les importaría que algo nos saliera mal.

La garganta serpenteaba entre torrecillas horadadas de cuevas, arcadas traspasadas de sombras. El paisaje se plateaba al sol. Ni un triste árbol, ni un triste prado. Para lo ameno, siempre perder altitud.

Las crestas no detenían nunca el viento. Las ráfagas disponían las nubes y dirigían resplandores albuminosos. Era un decorado para Luis II de Baviera pintado por un grabador chino aficionado a los fantasmas. Cabras azules y zorros de oro se deslizaban por las pendientes, cruzaban la niebla, remataban la composición. Lienzos compuestos, hace millones de años, por los esfuerzos de la tectónica, la biología y la destrucción.

El paisaje era mi escuela de arte. Para apreciar la belleza de las formas se necesita una educación del ojo. Los estudios de geografía me habían dado las claves de los valles aluviales y las artesas glaciares. La escuela del Louvre me había iniciado en los matices del barroco flamenco y del manierismo italiano. Yo no creía que la producción de los hombres superase la perfección de los relieves, ni las vírgenes florentinas la gracia de las cabras azules. Para mí, Munier tenía más de artista que de fotógrafo.

Del leopardo y los felinos lo único que yo conocía eran las representaciones artísticas. ¡Oh cuadros, oh estaciones! En los tiempos romanos el animal vagabundeaba por la frontera austral del imperio encarnando el espíritu del Oriente. Cleopatra y el leopardo compartían el título de reyes de los confines. En Volubilis, en Palmira, en Alejandría, los mosaiquistas desplegaron panoplias de animales en suelos donde los leopardos bailaban al corro órfico con elefantes, osos, leones y caballos. El motivo moteado, el «abigarrado vestuario» como decía Plinio el Viejo en el siglo I d.C., era un blasón de poder y voluptuosidad. Plinio creía saber que «estos animales son muy ardientes en el amor». [9] Pasaba un leopardo. El romano ya veía la alfombra donde revolcarse con una esclava.

Mil ochocientos años después, los felinos fascinaban a los pintores románticos. En los salones de 1830 el público de la Restauración descubría el salvajismo. Delacroix pintó las fieras del Atlas mordiendo el cuello de los caballos. Entregó cuadros furiosos, de músculos y de humo, en los que el polvo volaba a pesar de la materia espesa. El romanticismo clavaba su garra a la medida clásica. Aunque a Delacroix también le salió bien un tigre en

reposo, relajado antes de las carnicerías. La pintura se ofrecía a la brutalidad, apartándose de las vírgenes de antaño.

Jean-Baptiste Corot concibió una pantera de proporciones extravagantes, montada por un Baco pequeñuelo que avanza hacia una mujer. Este cuadro extrañamente defectuoso revelaba un terror masculino. El hombre teme la ambigüedad y no le gusta nada que un monstruo ronroneante juegue con un bebé y una bacante gruesa. Porque la mujer es peligrosa. Cualquier precaución es poca. ¡A través de la pantera, el artista apuntaba al hada fatal, a la virgen con botas altas, a la Venus cruel! Es sabido que las carnívoras se comen a los hombres de un bocado y que es preciso cuidarse de su belleza. La Milady de Alejandro Dumas era una de esas. Un día, ante el insulto de su cuñado, «lanzó un rugido sordo y retrocedió hasta el rincón de la habitación, como una pantera que quiere acularse para abalanzarse». [10]

El mito de Melusina inspiró el fin de siglo. El belga Fernand Khnopff —medio onírico medio simbolista—, en un cuadro críptico de 1896 titulado *Las caricias* , representó una pantera con cabeza de mujer engatusando a un amante, ya pálido. Mejor no imaginarse la suerte del muchacho.

Algunos prerrafaelitas convocaron a la fiera en sus demasías. Princesas en *déshabillé* o semidioses lánguidos avanzaban en una luz azucarada, flanqueados de leopardos reducidos a maniquíes con pelaje moteado. Estos pintores celebraban la mera belleza del motivo. Edmund Dulac o Briton Rivière convertían al animal en alfombrilla de cama para colofón de sueños superferolíticos.

Luego la fuerza del animal obsesionó a los maestros del *art nouveau* . La perfección de su raza encajaba con el esteticismo del músculo y del acero. Jouve lo tensó como un arco. El leopardo se convertía en un arma. Mejor dicho, ¡en un Bentley de Paul Morand! Encarnaba el movimiento perfecto, sin piedad ni rozamientos. A diferencia de los jaguares, no chocaba con los árboles. Gracias a las estatuas archipulidas de Rembrandt Bugatti y Maurice Prost, el felino salía del laboratorio de la Evolución, digno de acurrucarse al pie de una morenita años treinta que sostiene una copa de champán delante de sus pechitos puntiagudos.

Cien años después el motivo «leopardo» aparecía en los bolsos y los papeles pintados de Palavas-les-Flots. Cada edad tiene su elegancia, cada época hace lo que puede. La nuestra tomaba el sol en calzoncillos.

Munier no era indiferente al ingreso del animal en las artes. Él mismo convocaba a las fieras. Unos espíritus monótonos reprochaban a nuestro amigo que exaltara la belleza pura y nada más. Eso se consideraba un crimen en una época de angustia y moralidad. «¿Y el mensaje? —le decían—, ¿y la fusión de los hielos?» En los libros de Munier los lobos flotaban en el vacío ártico, las grullas de Japón se enmarañaban en sus danzas y unos osos ligeros como copos desaparecían detrás del vapor. Ninguna tortuga ahogada por las bolsas de plástico, solo los animales con su belleza. Casi se creería uno en el Edén. «Me critican por estetizar el mundo animal —se defendía—. ¡Pero ya hay bastantes testigos del desastre! Yo busco la belleza, le rindo honores. Es mi manera de defenderla.»

Todas las mañanas, en el barranco, esperábamos que la belleza bajara de los Campos Elíseos.

LA PRIMERA APARICIÓN

Sabíamos que rondaba por ahí. A veces lo veía: solo era una roca, solo era una nube. Vivía esperándole. Durante su estancia en Nepal en 1973, Peter Matthiessen nunca vio al leopardo. A los que le preguntaban si le había visto les contestaba: «¡No! ¿No es maravilloso?». ¡Pues no, *my dear Peter* !, no era «maravilloso». Yo no entendía que alguien pudiera ufanarse de las contrariedades. Eso era una pirueta mental. Yo quería ver al leopardo, había venido para eso. Porque su aparición sería mi ofrenda a esa mujer de la que estaba separado. E incluso si mi educación, es decir mi hipocresía, le hacía creer a Munier que le seguía solo porque admiraba su trabajo de fotógrafo, deseaba un leopardo. Tenía mis motivos, eran íntimos.

Sin descanso, los tres amigos avizoraban los parajes con el monocular. Munier podía quedarse un día entero inspeccionando paredes, centímetro a centímetro. «Me bastaría con ver un rastro de orina en una roca», decía. Al anochecer del segundo día de nuestra llegada al desfiladero, cuando volvíamos al campamento de los tibetanos, apareció. El cielo aún difundía una tenue luz. Munier lo divisó, a ciento cincuenta metros de nosotros, al sur. Me pasó el monocular, me indicó con precisión dónde debía apuntar pero tardé un rato en detectarle, es decir, en entender lo que estaba mirando. El animal era algo sencillo, vivo, macizo, pero su forma me resultaba desconocida. A la conciencia le cuesta aceptar lo que no conoce. El ojo recibe la imagen de lleno, pero la mente se resiste a confirmarla.

El leopardo descansaba, acostado al pie de un resalto rocoso ya en sombras, disimulado en los arbustos. El arroyo del desfiladero serpenteaba cien metros más abajo. Habríamos pasado a un metro de él sin verle. Fue una aparición religiosa. Hoy el recuerdo de esa visión tiene un carácter sagrado para mí.

El leopardo irguió la cabeza, aspiraba el aire. Llevaba la heráldica del paisaje tibetano. Su pelaje, marquetería de oro y bronce, pertenecía al día, a la noche, al Cielo y a la Tierra. Había tomado las cresterías, los neveros, las sombras del desfiladero y el cristal del

cielo, el otoño de las vertientes y la nieve eterna, los espinos de las laderas y las matas de abrótano, el secreto de las tormentas y los nubarrones de plata, el oro de las estepas y el manto de los hielos, la agonía de los muflones y la sangre de los rebecos. Vivía bajo el manto del mundo. Iba ataviado de representaciones. El leopardo, espíritu de las nieves, se había vestido con la Tierra.

Yo creía que estaba camuflado en el paisaje: era el paisaje el que se anulaba ante su aparición. Por un efecto óptico digno del alejamiento cinematográfico, cada vez que mi ojo le enfocaba, lo que tenía alrededor retrocedía y luego se reabsorbía por completo en los rasgos de su cara. Nacido de este sustrato, el leopardo se había tornado montaña, salía de ella. Estaba ahí y el mundo se anulaba. Encarnaba la *physis* griega, *natura* en latín, que mereció esta definición rigurosa de Heidegger: «lo que brota de sí mismo y aparece así». [11]

En suma, un gato grande con manchas brotaba de la nada para ocupar su paisaje.

Nos quedamos hasta que se hizo de noche. El leopardo dormitaba, libre de cualquier amenaza. Los demás animales parecían pobres criaturas en peligro. El caballo cocea al primer gesto, el gato sale disparado al menor ruido, el perro aspira un olor desconocido y se levanta de un salto, el insecto huye a su escondrijo, el herbívoro teme los movimientos detrás de él e incluso el hombre, cuando entra en una habitación, no olvida mirar hacia los rincones. La paranoia es una condición de la vida. Pero el leopardo estaba seguro de su absolutismo. Descansaba, absolutamente relajado, porque era intocable.

Con mis prismáticos vi que se estiraba. Volvió a acostarse. Reinaba sobre su vida. Era la fórmula del lugar. Su mera presencia significaba su «poder». El mundo era su trono, allí donde estuviera llenaba el espacio. Encarnaba el misterioso concepto del «cuerpo de rey». Un verdadero soberano se limita a serlo. Se abstiene de obrar y se dispensa de aparecer. Su existencia basa su autoridad. El presidente de una democracia debe mostrarse continuamente, predicador de esquina.

A cincuenta metros unos yaks pacían, impávidos. Eran felices porque no sabían que su depredador estaba agazapado en las rocas. Ninguna presa podría soportar psíquicamente la idea de codearse con la muerte. La vida es vivible si no se es consciente del peligro. Los seres nacen con sus propias anteojeras.

Munier me pasó el monocular más potente. Escudriñé al animal hasta que el ojo se me secó en el frío. Los rasgos de la cara convergían hacia el hocico, en líneas de fuerza. El leopardo volvió la cabeza, de frente. Los ojos me miraron. Eran dos cristales de desprecio, ardientes, glaciales. Se levantó, estiró el cuello hacia nosotros. «Nos ha visto —pensé—. ¿Qué va a hacer? ¿Abalanzarse sobre nosotros?»

Bostezó.

Ese es el efecto del hombre sobre el leopardo del Tíbet.

Nos dio la espalda, se estiró y desapareció.

Le devolví el monocular a Munier. Era el día más hermoso de mi vida desde que morí.

—Este barranco ya no es el mismo desde que hemos visto al leopardo —dijo Munier.

También él era monárquico y creía en la consagración de los lugares por la residencia del Ser. Bajamos en la noche. Yo había esperado esta visión y la tuve. Ya nada sería igual en este lugar fecundado por la presencia. Ni en mi fuero interno.

ACOSTARSE EN EL ESPACIO-TIEMPO

A partir de entonces, cada mañana, sin alejarnos más de seis kilómetros del campamento tibetano, subimos a las alturas. Sabíamos que el leopardo estaba allí, todavía podíamos verlo. Todo el día batíamos las crestas haciendo los mismos esfuerzos que los cazadores de safari. Caminábamos, buscábamos las huellas, nos apostábamos. A veces nos separábamos en dos grupos y comunicábamos por radio el resultado del rastreo. Nos fijábamos en el menor movimiento. Bastaba el vuelo de un ave.

—El año pasado —contó Munier— desesperaba de ver al leopardo. Estaba a punto de levantar el rececho cuando un gran cuervo dio la alerta sobre la cresta. Me quedé para observarlo y de repente apareció el leopardo. El cuervo me lo había señalado.

—¿Por qué extraño movimiento del alma alguien es capaz de meterle una bala en la cabeza a un ser así? —dijo Marie.

—«El amor a la naturaleza» es el argumento de los cazadores —dijo Munier.

—Hay que dejar que los cazadores entren en el museo —dije—. Por amor al arte rajarían un Velázquez. Pero por amor a sí mismos, curiosamente, son muy pocos los que se disparan en la boca.

En una sola de esas jornadas hicimos cientos de avistamientos para los objetivos de Marie, las placas de Munier, nuestras propias miradas, nuestros recuerdos únicos, nuestra edificación. ¿Para nuestra salvación quizá? El primero que veía al animal se lo indicaba a los demás. En cuanto lo divisábamos una paz nos invadía, un sobrecogimiento nos electrizaba. La excitación y la plenitud, sentimientos contradictorios. Encontrar un animal rejuvenece. El ojo capta un destello. El animal es una llave, abre una puerta. Detrás, lo incomunicable.

Estas horas de vigilancia se situaban en las antípodas de mi ritmo viajero. En París me entregaba a las pasiones desordenadas. «Nuestras vidas apresuradas», había dicho un poeta. Aquí, en la garganta, escrutábamos los paisajes sin cosecha garantizada.

Esperábamos una sombra, en silencio, frente al vacío. Era lo contrario de una promesa publicitaria: aguantábamos el frío sin la certeza de un resultado. Al «todo, enseguida» de la epilepsia moderna se oponía un «seguramente nada, nunca» del rececho. ¡Qué lujo pasar un día entero esperando lo improbable!

Me juraba que al volver a Francia seguiría practicando el rececho. Tampoco hacía falta estar en el Himalaya a cinco mil metros. La grandeza de este ejercicio practicable en cualquier parte era que siempre deparaba lo que se esperaba de él. En la ventana de tu cuarto, en la terraza de un restaurante, en un bosque o a la orilla del agua, en sociedad o solo en un banco, bastaba con abrir bien los ojos y esperar a que apareciera algo. De no haber estado vigilantes nunca lo habríamos visto. Y, aunque no pasara nada, la calidad del tiempo transcurrido había mejorado con la atención prestada. El rececho era una manera de proceder. Había que convertirlo en un estilo de vida.

Saber desaparecer era un arte. Munier se había entrenado para ello durante treinta años, mezclando la anulación de sí mismo con el olvido de lo demás. Le había pedido al tiempo lo que el viajero le suplica al desplazamiento: una razón de ser.

Estás acechando, el espacio ya no se desplaza. El tiempo impone sus matices, con pinceladas. Viene un animal. Es la aparición. Valía la pena esperar.

Mi compañero había esperado la llegada de los bueyes almizcleros de Laponia, de los lobos del Ártico, de los osos de Ellesmere, de las grullas japonesas. Se había helado los pies en la nieve, apostado día y noche, fiel a las reglas de los francotiradores: despreciar el dolor, olvidarse del tiempo, no ceder al cansancio, no dudar nunca del resultado ni renunciar antes de haber conseguido lo que se quería.

En los oquedales de Carelia los tiradores escogidos del ejército finlandés tuvieron en jaque al ejército soviético durante la guerra de 1939-1940 pese a su inferioridad numérica. Aplicaron en la guerra las técnicas de la caza en el bosque frío. Un puñado de ellos se fundió con la taiga, acechando al bolchevique a -30 °C, con el índice en el gatillo de un fusil de precisión, el magistral M28. Masticaban nieve para no exhalar vapor. Se desplazaban, se emboscaban, le metían una bala en la cabeza a un tanquista ruso, desaparecían, volvían a disparar: móviles, indetectables, furtivos y por tanto muy

peligrosos. Convirtieron el bosque en un infierno.

El más famoso de todos, Simo Hayha, soldadito de metro y medio, mató a más de quinientos rojos en los bosques helados. Le apodaron «la muerte blanca». Un día fue descubierto por un francotirador soviético. La bala de un Mosin-Nagant M91/30 ruso le arrancó la mandíbula pero sobrevivió a la herida, desfigurado.

Los francotiradores finlandeses presumían de expeditivos, tercos, flemáticos: cualidades de monstruos fríos. En finlandés la palabra *sisu* designa la asociación de las cualidades de constancia y resistencia. ¿Cómo podría traducirse? ¿«Abnegación espiritual», «olvido de sí», «resistencia mental»? En el catálogo del heroísmo humano, desde que el capitán Ahab perseguía a su ballena blanca, tan solo el francotirador finlandés encarnaba tan bien la figura del hombre imantado por un único objeto.

Munier era invisible y paciente como un francotirador finlandés. Vivía en el *sisu* . Pero no mataba, no odiaba a nadie y ningún socialista, hasta el momento, le había pegado un tiro.

En el ejército francés el decimotercer regimiento de dragones-paracaidistas dominaba el arte del camuflaje. Los dragones se infiltraban en territorio enemigo para espiar los movimientos. Se confundían con el medio sin dejar ningún rastro de su presencia, sin exhalar ningún olor, apostados durante días enteros. Con ropa de camuflaje y los objetivos cubiertos de jirones caquis, Munier parecía uno de esos hombres-abeto, hombres-roca, hombres-pared. Una diferencia notable: los leopardos del Tíbet y los lobos árticos tenían equipamientos sensoriales mucho más afinados que los mahometanos belicosos.

A veces, en pleno ejercicio de *sisu* , tumbado al lado de Munier, yo fantaseaba tontamente: imaginaba que era un dragón-paracaidista apostado en el claro de un bosque. Aparecía una pareja de amantes, excitados por haber encontrado, al fin, un sitio solitario. El caballero derribaba a la dama, sobre un dragón camuflado de roca. ¡Qué destino para un agente de inteligencia! Esconderse en los terraplenes para descubrir los secretos de Estado y sorprender a Mauricio magreando a Manuela. Munier no me contaba nada. Yo sospechaba que había sido testigo de semejantes tocamientos.

De momento solo el tiempo pasaba. Llegó un quebrantahuesos dando vueltas sobre nosotros con la esperanza de que estuviéramos muertos. Un lobo trotaba, sombra sin vergüenza. Una vez pasó un

cuervo, tormento en la memoria del cielo. Otra vez un gato de Pallas sacó la cabeza de su escondrijo, adorable y arisco, como si nuestras ganas de acariciarle le enfurecieran. Pasamos tres días enteros recorriendo las hondonadas. El leopardo podía ser una roca y cada roca un leopardo, teníamos que andarnos con cien ojos. Yo creía que lo veía en todas partes: sobre una mancha de hierba, detrás de una peña, en las sombras. La idea del leopardo me invadió. Era un fenómeno psicológico común: un ser te obsesiona y aparece en todas partes. Por eso los hombres demasiado enamorados de una sola mujer amarán a todas las demás, tratando de venerar la misma esencia en la diversidad de sus manifestaciones. Vete a explicarle eso a una esposa que te pilla *in fraganti* : «¡Cariño, yo te amaba a ti en cada una de ellas!».

UNAS PALABRAS PARA EL MUNDO

Munier padecía el «síndrome de Moby Dick» en su forma pacífica y continental. Buscaba un leopardo en vez de una ballena y quería fotografiarlo en vez de arponearla. Pero ardía con el mismo fuego que el protagonista de Herman Melville.

Mientras mis amigos detallaban el mundo con los prismáticos, yo andaba a la caza de un pensamiento, peor aún, de una ocurrencia. Cuando podía, escribía aforismos. La ocasión era difícil, porque los dedos se agrietaban y sangraban. Para mí las *Historias naturales* de Jules Renard eran el mejor homenaje que un hombre provisto de un cuaderno de notas podía rendir a la naturaleza. Jules Renard bendecía la belleza del mundo con lo único que tenía a mano: las palabras. Sus lecciones de cosas redibujaban la vida, recreaban el pueblo de la hierba, el cielo y los estanques. Veía una araña: «Durante toda la noche, en nombre de la luna, pone sus precintos», encontraba una cucaracha: «Negra y encajada como un ojo de cerradura», descubría un lagarto: «Hijo espontáneo de la piedra hendida». Yo trataba de convencerme de que esos pensamientos surgían en la conciencia de su autor ya formulados. Como si un aparato fotográfico fuera capaz de disparar él solo su obturador.

Jules Renard describió campiñas borgoñonas y animales familiares. ¿Qué le habría inspirado el mundo de Munier, de hielo y de lobos? Yo hacía mis propias «historias naturales». Leía mis aforismos a mis compañeros y cosechaba una sonrisa de circunstancias o una aprobación educada:

GACELA : la mujer presurosa sale disparada, pensamiento con el espíritu del lugar.
ASNO SALVAJE : en él la dignidad de los incomprendidos.
MEANDROS : a fuerza de mirar los ríos del Tíbet, los chinos inventaron los tallarines.
DIOS usó el leopardo como papel secante para limpiar la tinta de su pluma.
BÚHO : el sol acabó saliendo para ver quién había cantado toda la noche.

—¿Y el hombre? —preguntó Marie—, ¿no tiene derecho a un aforismo?

—¿El hombre? —dije—. Dios jugó a los dados y perdió.

EL PACTO DE LA RENUNCIA

El día llegaba a su fin, íbamos a levantar el rececho. El Mekong yacía, flanco de pez muerto de un calambre de frío. El sol se ponía, los meandros eran de aluminio, las sombras subían, tocaban las crestas, apagando las cumbres una a una. Algunos picos —los más altos— seguían iluminados. La temperatura bajaba deprisa. Era la gran piedad del frío y la muerte. En la oscuridad, ¿quién pensaba en peleas de animales? ¿Habían encontrado todos un refugio para resistir a -35 °C? Nosotros bajamos en busca del calorcito.

—¡La llamada de la estufa! —le grité a Léo.

Dentro de media hora tendríamos una taza de té en las manos. ¿Qué más se podía pedir?

A esa hora la manada de yaks domésticos regresaba a las chozas. Lo mismo que a los animales de granja, el estómago dirigía nuestros pasos. Pese a la alta opinión que tiene de sí mismo, el hombre acaba delante de una sopa. Al bajar por la ladera hacia el río inmóvil recordé el entierro de mi madre. Aquel día del mes de mayo estábamos aturdidos: ella se había muerto así, sin más. Nadie estaba preparado para lo inevitable. Durante la ceremonia religiosa greco-melquita con el ataúd situado delante del iconostasio, algunos de nosotros pensamos que la vida ya no sería soportable, que la obscenidad de su muerte nos arrastraría con ella. Pero las horas pasaban y de pronto tuvimos hambre. Y hete aquí que la afligida asamblea, la que se creía inconsolable, se congregó al unísono alrededor de la mesa del restaurante griego, masticando el pescado a la parrilla y paladeando el vino resinoso. Las glándulas estomacales son más imperiosas que sus homólogas lagrimales, y el apetito del estómago me pareció aquel día el mejor agente consolador de la pena de los hombres.

Yo buscaba al leopardo. ¿A quién buscaba realmente? Grandeza del rececho animalista: persigues a una bestia y es tu madre la que te visita.

El paisaje era un abanico. Unos planos de vertientes lisas se intercalaban entre trasmundos nevados y arrugados. La nieve empolvaba los pliegues, los dioses se drapeaban. Munier lo

describió con menos afectación:

—La nieve trabaja como un fotógrafo de la agencia Magnum, en blanco y negro.

Diez barales algodonaban las laderas. Huyeron por los escarpes del oeste. Provocaban derrumbamientos. Su pánico rompía el orden. ¿Les acosaba el leopardo? Los rumores del campamento subían: martillazos, un zumbido de generador, ladridos. Los mugidos rascaban el valle. Los niños corrían tras los yaks y les azuzaban hacia los corrales, haciéndoles rodar como juguetes hacia el fondo del desfiladero. A hondazos, esos chicos de un metro de altura guiaban el hato. La menor embestida les habría destripado, pero los enormes herbívoros aceptaban que los pequeños bípedos les gobernaran. La masa se había sometido. El hecho se produjo en el Creciente Fértil quince mil años antes del nacimiento del anarquista crucificado. Los hombres reunieron grandes rebaños. Los bovinos trocaron su libertad por seguridad. Su gen recordaba el pacto. Después de esta renuncia, los animales se encaminaron al corral, y los hombres, a la ciudad. Yo era de esa raza de hombres-bovinos: vivía en un piso. La autoridad regentaba mis actos y gestos y se implantaba en mis libertades al por menor. A cambio me proporcionaba el alcantarillado y la calefacción central: el heno, en otras palabras. Esa noche los animales rumiaron en paz, es decir, en prisión. Mientras tanto los lobos rastrearían la noche, los leopardos acecharían, los muflones temblarían encaramados en las paredes. ¿Qué es mejor? ¿Pasar hambre bajo las vías lácteas o rumiar al calor, envuelto en el sudor tibio de sus semejantes?

Estábamos trescientos metros por encima de las chozas. Los farallones cortaban las pendientes del Mekong. Los yaks eran granos en la estepa. El humo de la estufa azuleaba el aire. La temperatura seguía bajando, nada se movía, el universo dormía. Serpenteábamos entre las cornisas hacia el campamento cuando le oímos bufar. No era un requiebro, era un quejido. El eco se repitió dos veces, vasto y triste. Los leopardos se llamaban para perpetuar la raza moteada. ¿De dónde brotaba el canto? ¿De las orillas del río o de las cuevas de la pared? El maullido lastimero henchía el valle. Se necesitaba un esfuerzo de imaginación para oír un canto de amor. Los leopardos bufaban y se iban. «Le amo, huyo de él», confesaba la Berenice de Racine, reina de las panteras. Yo bosquejaba ya una teoría del amor proporcional a la distancia mantenida entre los

seres. La débil frecuencia de los encuentros garantizaría la perpetuación del sentimiento.

—Es al revés —me corrigió Munier cuando le expuse mis teorías de barra de bar—. Se llaman para encontrarse. Se escogen, se buscan. Los bufidos se conciertan.

LOS NIÑOS DEL BARRANCO

Todas las noches, cuando llegábamos a las chozas, las hermanas de Gompa nos cogían de la mano y nos acercaban a la estufa. Durante años aprenderían los gestos de su madre para transmitírselos luego a sus propias hijas. Nosotros les ayudábamos a llevar el agua, a la manera asiática: dos cubos colgados en los extremos de una caña de bambú. La carga era pesada para mi espalda averiada. Yisso, de treinta kilos, nunca refunfuñaba por tener que recorrer los doscientos metros entre el río y las chozas. Gompa me imitaba haciendo muecas, cojeando, encorvándose. Luego dormitábamos en el calor de la habitación. El buda sonreía. Las velas difundían un olor blanco. La madre servía el té. El padre, envuelto en pieles, se despertaba de la siesta. La estufa era el eje. Alrededor, las constelaciones familiares: el orden, el equilibrio, la seguridad. Fuera crecía el ruido de una masticación. Los animales-esclavos descansaban.

No reaparecía. Recorríamos las vertientes, explorábamos las cavidades. Pasaban zorros, liebres, muchos rebaños de cabras azules, pero nunca leopardos, y los quebrantahuesos trazaban su ronda de muerte por encima de mi contrariedad.

Había que tomar una decisión: aquí la Evolución no había apostado por la perpetuación de la multitud. En los ecosistemas tropicales la vida se propaga por profusión: nube de mosquitos, muchedumbre de artrópodos, explosiones de aves. La vida es corta, rápida, intercambiable: ¡dinamita espermática! La naturaleza repara con prodigalidad lo que dispersa en los estragos de la voracidad. En el Tíbet la longevidad de las criaturas compensa su escasez. Los animales son resistentes, están individualizados y programados a largo plazo: la vida dura. Los herbívoros siegan una hierba pobre. Los buitres cortan un aire vacío. Los depredadores vuelven chasqueados. Relanzarán sus ataques más tarde, más lejos, dispersando otra manada. A veces, durante horas, ni un movimiento, ni un soplo.

El viento arrancaba a las laderas postillas de nieve. Nosotros aguantábamos. El principio del rececho es sobrellevar la incomodidad con la esperanza de que un encuentro legitime su aceptación. La idea de que estaba ahí y le habíamos visto, de que él quizá nos veía y podía asomar, bastaba para soportar la espera. Yo recordaba que el Swan del *Tiempo perdido* , enamorado de Odette de Crécy, se alegraba solo de pensar que ella podría estar cerca, aunque no la viera. Tenía un recuerdo vago del pasaje, pero tuve que volver a París para localizar esas líneas y leérselas a Munier. Marcel Proust habría comprendido perfectamente la esencia de nuestros recechos, aunque, enfundado en su abrigo de visón con esas temperaturas de -20 °C, se habría resfriado y habría tosido. Bastaba con poner «el leopardo blanco» en lugar de Odette de Crécy: «Y antes de ver a Odette, e incluso si no conseguía verla, qué felicidad poner el pie sobre esa tierra donde, aun sin saber el lugar exacto, en un momento dado, de su presencia, sentiría palpitar por todas partes la posibilidad de su repentina aparición…». La posibilidad del leopardo palpitaba en la montaña. Y solo a ella le pedíamos que mantuviera una tensión de esperanza que bastara para soportarlo todo.

Aquel día los tres niños vinieron a verme guiados por Gompa, el más pequeño y el más bellaco. Fueron derechos a mi aguardo, cantando, haciendo piruetas, con su ropa desaliñada y sus greñas al viento. Caminaron exactamente hacia los bloques de piedra donde me había escondido, echando a perder mis esfuerzos por ocultarme y demostrando que mis camuflajes eran una birria. ¡Desde el fondo de la cañada habían descubierto mi escondite a quinientos metros de distancia! Se quedaron allí conmigo, vivos, encantadores, ellos que del mundo solo conocían ese barranco y de la vida unos días límpidos, ellos que se cruzaban con las fieras y los yaks juiciosos. A los ocho años esos críos tenían noción de libertad, autonomía y responsabilidades, con los mocos colgando, la sonrisa maliciosa, una estufa como segunda madre y una manada de gigantes a su cargo. Temían a los leopardos, pero llevaban un pequeño puñal en la cintura y se habrían defendido en caso de ataque. Además, conjuraban el miedo con canciones que vociferaban en el aire helado. No tenían orientadores escolares, sabían recorrer la montaña. Todos los días circulaban ante promesas de desfiladeros que llevaban a collados abiertos en el horizonte. Se libraban de la infamia de nuestras infancias europeas: la «pedagogía», que despoja

de alegría a los niños. Su mundo tenía sus lindes; la noche, sus fríos; el verano, sus dulzuras; el invierno, sus sufrimientos.

Poblaban un reino almenado con torres, defendido con paredes. Nunca miraban pantallas, ¿sería su gracia proporcional a la falta de banda ancha? Munier, Marie y Léo, escondidos al pie de una pared de la orilla derecha, vinieron a juntarse con nosotros. Entonces, renunciando a la esperanza de sorprender al leopardo, estuvimos de tertulia en las rocas hasta el atardecer.

Munier les enseñó a los niños la copia impresa de una foto que había tomado el año anterior.

En primer plano, un halcón, color cuero, posado en una roca de liquen. Por detrás, ligeramente a la izquierda, asomando del contorno de la caliza, invisible a una mirada distraída, aparecían los ojos de un leopardo fijos en el fotógrafo.



La cabeza del animal se confundía con la roca y la vista tardaba en distinguirla. Munier había enfocado el plumaje del ave sin sospechar siquiera que el leopardo le estaba observando. Solo al estudiar sus fotos, dos meses después, se percató de su presencia. El naturalista infalible, burlado. Cuando me enseñó la foto lo único que distinguí fue el ave, y mi amigo tuvo que señalarme el leopardo con el dedo para que percibiera la existencia de lo que mi mirada jamás habría detectado por sí misma, porque lo único que buscaba

era una presencia inmediata. Una vez localizado, el animal me impresionaba cada vez que veía la imagen. Lo insospechable se había vuelto evidente. Esa foto guardaba sus enseñanzas. En la naturaleza nos miran. Por otro lado, nuestros ojos siempre se dirigen a lo más simple, confirman lo que ya sabemos. El niño, menos condicionado que el adulto, percibe los misterios de los segundos planos y las presencias hurtadas.

Nuestros amiguitos tibetanos no se dejaron engañar. Sus dedos apuntaron inmediatamente hacia él: «¡Saâ!», gritaron. No porque su vida montañesa les hubiera aguzado la vista, sino porque su ojo de niño no se dejaba arrastrar a la certidumbre de lo consabido. Exploraban las periferias de lo real.

Definición de la mirada artística: ver las fieras escondidas detrás de los biombos triviales.

LA SEGUNDA APARICIÓN

Le vimos por segunda vez una mañana de nieve. Estábamos en las crestas de caliza, en la desembocadura austral del barranco, encima de un arco atravesado por las ráfagas. Nos habíamos apostado al alba: el viento nos abofeteaba la cara.

Munier permanecía estoico, impecablemente clavado a sus prismáticos. Su vida interior se alimentaba del mundo exterior. La posibilidad de un encuentro le anestesiaba cualquier dolor. La víspera me había hablado de sus parientes y conocidos: «Piensan que soy un neurótico: veo pasar un herrerillo mientras suceden cosas cruciales». Le contesté que la neurosis, por el contrario, se sitúa en la difracción de nuestras mentes sobrecargadas de informaciones. Prisionero de la ciudad, sometido a un bombardeo continuo de novedades, yo me sentía un hombre disminuido. La vorágine estaba en su apogeo, la lavadora daba vueltas, las pantallas destellaban. Nunca me hacía esta pregunta: ¿de verdad es menos interesante el vuelo de los cisnes que los tuits de Trump?

Yo, para aguantar las horas de rececho, me sumía en los recuerdos. Me trasladaba a las playas del canal de Mozambique, el año anterior, o me acordaba de un cuadro del museo de El Havre, o me representaba un rostro querido. Luego conservaba esas imágenes. Eran frágiles, pavesas bajo la lluvia. La mente volaba, el ojo vigilaba. No era una ruminación muy intensa. El tiempo acababa pasando, a pesar de la incomodidad. Más tarde, cuando el sol iluminaba el mundo, esas visiones se desvanecían.

Unas cabras azules se habían adjudicado el barranco a nuestra altura, en la otra orilla. El sol subió por encima de las crestas. Todos los animales al unísono se volvieron hacia la luz. Si el sol era Dios, este vería a los animales como a unos fieles más fervientes que los hombres apiñados bajo los neones, indiferentes a sus glorias.

El leopardo asomó en la arista. Bajaba hacia los barales. Se movía pegado al suelo, con andar sigiloso —cada músculo en tensión, cada movimiento contenido, mecánica perfecta—. El arma de destrucción masiva avanzaba con pasos medidos hacia el alto sacrificio del alba. Su cuerpo se deslizaba entre los bloques. Las cabras azules no le

veían. Así caza el leopardo, recurriendo a la sorpresa. Demasiado pesado, incapaz de atrapar a la presa a la carrera (no es el guepardo de la sabana africana), cuenta con su camuflaje, se acerca a sus presas contra el viento y se abalanza sobre ellas con un salto de varios metros. Los militares llaman «fulgurante» a esta táctica de desencadenar lo inopinado. Si se logra el efecto, el enemigo —incluso si es más numeroso o poderoso— no tiene tiempo de organizar su defensa. Sorprendido, es derrotado.

Aquella mañana el ataque fracasó. Una cabra azul descubrió al leopardo y su convulsión alertó a todo el rebaño. Para mi sorpresa los caprinos no huyeron, sino que se volvieron hacia la fiera, de frente, para darle a entender que la habían visto. Vigilar ante la amenaza protegía al grupo. Lección de las cabras azules: el peor enemigo es el que se esconde.

Leopardo descubierto, fin de partida. Cruzó el barranco bajo la mirada de los barales que, sin perderle de vista, se limitaron a retroceder unas decenas de metros para dejarle pasar. Al menor amago de la fiera los herbívoros se habrían dispersado por los pedregales.

La onza dividió el grupo, trepó por los bloques, llegó a la arista, apareció una vez más recortada en el cielo y luego desapareció por el otro lado. Entonces Léo, que estaba a un kilómetro de nuestros aguardos, en un repliegue del norte, lo captó con su monocular, como si le hubiéramos pasado el testigo. Por radio cuchicheó fragmentos de frases para tenernos al corriente:

—Baja por la cresterÍa…
»desciende por la pared…
»cruza la vaguada…
»se echa…
»se pone en marcha…
»sube por la otra orilla.

Y nosotros esperamos todo el día, oyendo este poema, con la esperanza de que el animal regresara a nuestra vertiente. Iba despacio, tenía la vida por delante. Nosotros teníamos nuestra paciencia. Se la ofrecíamos.

Volvimos a verle antes de la caída de la tarde en los matacanes de la cresta. Estaba acostado, se estiró, se levantó y se fue, contoneándose. Su cola azotó el aire y se quedó levantada, dibujando un punto de interrogación: «¿Conservaré mi reino ante el

avance de vuestras repúblicas?». Luego desapareció.

—Pasan gran parte de los ocho años de su vida durmiendo —dijo Munier—. Cazan si se les presenta la ocasión, se regodean y luego aguantan una semana con las reservas.

—¿Y el resto del tiempo?

—Dormitan. Veinte horas diarias, a veces.

—¿Sueñan?

—Quién sabe.

—Cuando miran a lo lejos, ¿contemplan el mundo?

—Eso creo —dijo.

A menudo, en las calas de Cassis, yo observaba las escuadras de gaviotas y me preguntaba: ¿los animales miran el paisaje? Las aves, de punta en blanco, se cernían por encima del sol poniente. Nunca estaban sucias —pechera inmaculada, alas nacaradas—. Cortaban el aire sin un aleteo, surfeando las capas atmosféricas mientras el horizonte enrojecía. No cazaban. Se diría que asistían al espectáculo, contradiciendo el dogma de su sumisión estricta a los mecanismos de la supervivencia. Hasta el más racionalista de los hombres tendría que admitir que estos animales poseían un «sentido de la belleza». Llamamos sentido de la belleza a la convicción gozosa de sentirse vivo.

El leopardo alternaba las campañas carniceras con siestas placenteras. Después de saciarse, se echaba sobre las losas calizas y yo me lo imaginaba soñando con llanuras de carnes humeantes servidas para él, donde ya no tendría que saltar para ganarse su parte.

LA PARTE DE LOS ANIMALES

De modo que en sus ocho años el leopardo tenía una vida plena: el cuerpo para el disfrute, los sueños para la gloria. Jacques Chardonne resumía así el cometido del hombre en *Le ciel par la fenêtre* : «Vivir dignamente en lo incierto».

—¡Definición para leopardo! —le dije a Munier.

—¡Cuidado con eso! —dijo—, podemos estar seguros de que los animales disfrutan del sol, de los derramamientos de sangre y de unas siestas larguísimas, podemos atribuirles sentimientos refinados (y yo soy el primero en hacerlo), pero no vayamos a endosarles una moral.

—¿Una moral humana, demasiado humana? —dije.

—No es la suya —dijo.

—¿El vicio y la virtud?

—No son asunto suyo.

—¿El sentimiento de vergüenza después de una matanza?

—¡Inconcebible! —replicó Léo, que había leído los libros.

Nos recordó la agudeza de Aristóteles: «Cada animal realiza su parte de vida y de belleza». En *Las partes de los animales* el filósofo definía con esta frase toda la conducta salvaje. Aristóteles limitaba el destino animal a las funciones vitales y a la perfección formal, fuera de toda consideración moral. La intuición del filósofo era perfecta, soberbiamente medida, noblemente formulada, totalmente eficaz (¡griega al fin!). Los animales ocupan su justo lugar sin sobrepasar los parapetos instaurados por los tanteos de la Evolución, potencia de equilibrio. Cada uno es un elemento de la maquinaria del orden y la belleza. El animal es una joya engastada en la corona. Aunque la diadema tenga que lavarse con sangre. La moral no está invitada en estos planes, ni la crueldad en la voracidad. La moral es una invención del hombre que tiene algo que reprocharse. La vida se parece a una partida de mikado, y el hombre es demasiado brutal para ese juego delicado. Había irrumpido con una violencia no siempre necesaria para la supervivencia de su raza ¡y, para colmo, saltándose los marcos legales creados por él mismo!

«Cada animal distribuye su parte de muerte», habría podido añadir Aristóteles. Veintitrés siglos después, Nietzsche confirmaba el postulado en *Humano, demasiado humano* : «Y la vida no es, después de todo, invención de la moral». No, es la propia vida y su imperativo de expansión lo que ha inventado la vida. Los animales de nuestro barranco y los del mundo conocido vivían más allá del bien y del mal. No aplacaban una sed de orgullo o de poder.

Su violencia no era rabia, sus cacerías no eran correrías.

La muerte no era más que una comida.

EL SACRIFICIO DEL YAK

—He descubierto una cueva doscientos metros por encima del camino. Vamos a vivaquear allí, da a la vertiente oriental, estaremos en el mejor sitio.

Así fue como Munier nos despertó aquella mañana, una semana después de nuestra llegada. En el campamento estaba helando, Léo encendió la estufa, preparamos el té y luego la impedimenta: un equipo para mantenernos despiertos y otro para sobrevivir por la noche. Nos llevamos el material fotográfico, los anteojos de observación, los sacos para dormir a -30 °C, víveres y mi ejemplar del *Tao Te King* .

—Nos quedaremos dos días y dos noches allá arriba. Si él pasa, la cueva es un mirador perfecto.

Subimos por una vaguada perpendicular al desfiladero. Nos llevó un tiempo la subida a los escarpes en el aire gris. Mis amigos echaban el bofe. Léo cargaba con treinta y cinco kilos y el enorme telescopio sobresalía de su mochila. Yo me decía: hasta los metafísicos son capaces de hacer esfuerzos. Marie desaparecía bajo una carga más alta que ella. Una vez más, yo no llevaba nada, era como un tentetieso flanqueado de criados. Mis vértebras averiadas me ahorraban el esfuerzo, no la afición por las caravanas coloniales.

—¡Hay una masa oscura, ahí! —dijo Marie.

El yak agonizaba. Echado sobre el costado izquierdo, jadeaba, y el vapor formaba nubecillas en sus ollares. Iba a morir en el fondo de esa cárcava. Se acabaron las gozosas carreras al sol. Los colmillos del leopardo le habían rajado el cuello, la sangre se derramaba en la nieve. El animal temblaba.

Así cazan los leopardos: saltan sobre el morrillo de su presa y no lo sueltan. El animal atacado huye ladera abajo, con el depredador sujeto al cuello, y la carrera termina con la caída de los dos animales, cazador y presa. Ruedan por la vertiente, caen en los escarpes, se estrellan contra las rocas. A veces las fieras se rompen el espinazo en estas cacerías. Las que se libran cojearán toda la vida. Los nómadas escitas representaron en sus fíbulas de oro el motivo del *leopardo mordiendo el cuello* . Los dibujos representan el

remolino de músculos y pelajes mezclados, la danza del ataque y la huida, que es la consecuencia más común del encuentro entre dos seres.

El leopardo nos había oído. Seguramente nos estaba observando, escondido entre las rocas, temeroso de que unos bípedos —raza detestada entre todas— pudieran arrebatarle su presa. Se equivocaba, porque las intenciones de Munier eran más capciosas que robarle la comida a un carnívoro. El yak estaba muerto.

—Vamos a arrastrarlo diez metros, al fondo del barranco, a la vista de la cueva —dijo Munier—. ¡Si el leopardo vuelve, lo tendremos!

Al caer la tarde estábamos en posición, con el yak tumbado en la hierba y nosotros instalados en un sistema de cuevas superpuestas. «¡Un dúplex!», había dicho Léo al descubrir las dos cavidades, una encima de la otra, separadas por un resalto de treinta metros. Marie y Munier ocupaban la cueva de abajo (la suite imperial), yo estaba con Léo en la de arriba (la dependencia) y el yak yacía cien metros más abajo (la bodega del castillo).

EL MIEDO A LA OSCURIDAD

¿Cuántas noches había vivaqueado yo metido en una cueva? En Provenza, en los Alpes Marítimos, en los bosques de la Isla de Francia, en la India, en Rusia, en el Tíbet, había dormido en «abrigos» que olían a higuera, en repisas de granito, en fallas volcánicas, en nichos de arenisca. Al entrar, un momento sagrado: el reconocimiento del lugar. No había que molestar a nadie. En alguna ocasión tuve que espantar a unos quirópteros o unas escolopendras. Los rituales siempre eran los mismos: allanar el suelo, colocar los bultos en un rincón protegido del viento. En la cueva donde acababa de entrar con Léo ya había estado alguien. El suelo estaba limpio, el techo, tiznado, un círculo de piedras delataba una hoguera. Las cuevas habían sido la geografía matricial de la humanidad en sus lamentables comienzos. Cada una alojó sus huéspedes hasta que el progreso neolítico lanzó su llamada a salir del abrigo. Entonces el hombre se dispersó, fertilizó los limos, domesticó los rebaños, inventó un Dios único y empezó la explotación de la Tierra para alcanzar, diez mil años después, el culmen de la civilización: el embotellamiento y la obesidad. Se podría alterar el pensamiento de Pascal («La desdicha de los hombres obedece a una sola cosa, que son incapaces de quedarse quietos en su cuarto») y decir que la desdicha del mundo empezó cuando el primer hombre salió de la primera cueva.

En las cuevas percibía el eco mágico de un viejo esplendor. Lo mismo me ocurría al entrar en la nave de una iglesia: ¿qué había pasado aquí? ¿Cómo se amaba bajo un techo abovedado? ¿Las viejas conversaciones habían impregnado las rocas, como los salmos de las vísperas se incorporan a la caliza cisterciense?

A veces, en nuestros vivaques provenzales, mis compañeros se burlaban de estas reflexiones. Metidos en sus sacos de dormir, bromeaban: «¡Lo tuyo es una desviación sexual, tío! ¡Eso de hurgar en los conductos es nostalgia de lo viscoso! ¡Eres carne de psicoanálisis!». ¡Me tenían harto con su sarcasmo!

Me gustaban las cuevas porque eran fruto de una arquitectura inmemorial, cuando el trabajo del agua y la desecación química

había acabado horadando una pared para que las noches de un transeúnte fueran un poco menos dolorosas.

Léo y yo calzamos una cornamenta de muflón en un bloque de piedra a la entrada de la cueva, y ese tótem de la muerte y la fuerza defendió la abertura. Léo instaló los aparatos. Desde nuestra posición se veía el yak, allá abajo. La espera empezó. Un quebrantahuesos planeaba, separando las alas como si quisiera acercar las dos orillas del barranco. La penumbra subió por el desfiladero, el frío agravaba el silencio y ante las horas que se avecinaban comprendí lo que significaría la falta de vida interior a -30 °C, al tiempo que maldije mi afición por la charla, porque se imponía el silencio. Léo estaba soberbio en su papel de estatua. Apenas se movía, escrutando el paraje con un imperceptible barrido del monocular. Acabé por retirarme al fondo de la cueva. Abrí con la manopla mi ejemplar del *Tao* : «Obra sin esperar nada». Me preguntaba: «¿Esperar no es ya obrar?», ¿el rececho no es una forma de acción, pues da rienda suelta a los pensamientos y a la esperanza? En tal caso, la Senda del Tao habría recomendado no esperar nada de la espera, pensamiento que me ayudaba a aceptar el estar ahí, sentado en el polvo. El tao tiene esa ventaja: su movimiento circular gira en la mente, ocupa el tiempo, hasta en la penumbra de un congelador rocoso a cuatro mil ochocientos metros de altitud. De pronto se acercó una sombra: Léo se retiraba al fondo de la cueva.

Muy lejos, los yaks pacían en la ladera. A veces uno de ellos se deslizaba por un nevero y su enorme borra de pelos descendía varios metros. ¿Sabían esos grandes guardianes que acababan de perder a uno de los suyos, una hora antes? ¿Se contaban, pobres números condenados a ofrecerse a las fieras?

La noche caía, el leopardo no volvía, nosotros encendimos las linternas frontales de filtro rojo, el que se utiliza a bordo de los buques de la armada durante las guardias nocturnas para no emitir ninguna luz visible. Me gustó imaginarme en el puente de un galeón del silencio que surcaba la noche en la que vagaban los leopardos.

Los niños recogían la manada, llegaban gritos, la oscuridad se hizo total. Un búho montaba guardia en el farallón de enfrente, en la otra orilla. Su ululato anunciaba el comienzo de las cacerías: «¡Uh uh! ¡Dormid, grandes herbívoros, y escondeos! —decía el búho—, las rapaces van a echarse a volar, los lobos van a salir y a merodear en la oscuridad, pupilas dilatadas, y el leopardo vendrá tarde o

temprano para hundir sus colmillos en la barriga de uno de vosotros».

En la montaña, de madrugada, el esfuerzo del cielo no basta para ocultar bajo una capa de nieve el rastro de las orgías nocturnas.

A las ocho de la noche Marie y Munier se reunieron con nosotros. Sobre un hornillo tímido Léo preparó la sopa. Hablamos de la vida en las cuevas, del miedo vencido por el fuego, de la conversación nacida de las llamas, de los sueños que se convirtieron en arte, del lobo que se convirtió en perro, y de la audacia de los hombres al atreverse a cruzar la línea. Luego Munier mencionó esa rabia humana de hacer que todos los demás reinos pagaran por las penalidades padecidas durante los inviernos paleolíticos. Cada cual regresó a su cueva.

Nos metimos en los sacos de pluma. Si la pantera venía por la noche aspiraría nuestro olor, pese al frío. Había que aceptar esta idea deprimente: «La Tierra huele a hombre». [12]

—¿Léo? —dije antes de apagar la linterna.

—¿Sí?

—Munier, en vez de regalarle un abrigo de pieles a su mujer, la trae a ver directamente al animal que lo lleva puesto.

LA TERCERA APARICIÓN

Con las primeras luces nos arrastramos fuera de los sacos. Había nevado y el animal estaba junto a su yak, belfos enrojecidos de sangre, pelaje espolvoreado de blanco. Había vuelto antes del alba y dormía, con la barriga llena. Su piel era un nácar con reflejos azules. Por eso le llamaban leopardo de las nieves: llegaba como la nieve, silencioso, y se retiraba con sigilo, fundiéndose en la roca. Había desgarrado el codillo, bocado de rey. Una mancha bermellón se recortaba en el pelaje negro del yak. El leopardo nos vio. Se puso de lado y volvió la cabeza, y nosotros cruzamos su mirada, brasa fría. Los ojos decían: «No podemos amarnos, vosotros no sois nada para mí, vuestra raza es reciente, la mía, inmemorial, la vuestra se propaga, desequilibrando el poema». Esa cara embadurnada de rojo era el alma de un mundo primitivo que alternaba las tinieblas y la aurora. El leopardo no parecía intranquilo. Tal vez había comido demasiado deprisa. Dormía a ratos cortos. Reposaba la cabeza en las patas delanteras. Se despertaba, olía el aire. Esta frase que tanto me había gustado del *Relato secreto* de Pierre Drieu la Rochelle me rondaba la cabeza y, si la proximidad del animal no nos hubiera impuesto silencio, se la habría recitado a Munier, por radio, para decirle lo poco que me gustaba ahora: «… sabía que en mí había algo que no era yo y que era mucho más valioso que yo». La alteraba mentalmente para convertirla en: «Fuera de mí hay algo que no es yo y que no es el hombre y que es más valioso, y que es un tesoro fuera de lo humano».

Se quedó hasta las diez de la mañana. Dos quebrantahuesos venían a curiosear. Un gran cuervo trazó una línea en el cielo: encefalograma plano.

Yo había venido por la onza. Ella estaba ahí, echando una cabezada unas decenas de metros más abajo. Aquella hija de los bosques a la que amé en tiempos en que era otro, antes de que mi caída de un tejado en 2014 me machacara el cuerpo, habría podido percibir detalles que yo no veía, me habría explicado los pensamientos del animal. Por ella, yo miraba a la onza con todas mis fuerzas. La intensidad con que uno se obliga a gozar de las

cosas es una oración por los ausentes. A ellos les habría gustado estar allí. Por ellos miramos al leopardo. Este animal, ensueño fugaz, era el tótem de los seres difuntos. La madre que perdí, la chica que se fue: cada aparición me las había traído.

Se levantó, se deslizó detrás de una roca, reapareció en la ladera. Su pelaje se mezclaba con las matas, dejando un rastro *poikilos* . Esta palabra de la antigua Grecia designa la piel moteada de la fiera. El mismo término describe los visos del pensamiento. El leopardo, como el pensamiento pagano, circula por el laberinto. Difícil de ver, palpita, en armonía con el mundo, engalanado. Su belleza vibra en el frío. Acostado entre las cosas muertas, manso y peligroso, macho con el nombre hembra de pantera, ambiguo como la poesía más elevada, imprevisible y montaraz, abigarrado, tornasolado: es el leopardo *poikilos* .

El tornasol desapareció del todo. El leopardo de las nieves se había esfumado. La radio crepitó.

—¿Lo tenéis? —dijo Munier.

—No, perdido —dijo Léo.

CONSENTIR AL MUNDO

Empezó la jornada de rececho. En el sur del Líbano, distrito de Sidón, se alza una capilla dedicada a la Virgen: Nuestra Señora de la Espera. Yo bauticé nuestra gruta con ese nombre. Léo era el canónigo. Al pie del telescopio, escudriñó la montaña hasta el anochecer. Munier y Marie estarían haciendo lo mismo en el nicho de abajo, a menos que ocuparan las horas de otro modo. A veces Léo retrocedía a gatas para echar un trago de té en el fondo de la cavidad y luego reanudaba su vigilancia. Munier nos habló por radio. Pensaba que la fiera había cruzado el desfiladero y subido a las terrazas de rocas, en la vertiente opuesta: «Va a descansar sin perder de vista su presa, registrad los bloques de enfrente, a la misma altura».

Aquellas horas fueron nuestra deuda pagada al mundo. Permanecí en esa barquilla, entre el barranco y el cielo, escudriñando la montaña. Cruzaba las piernas y miraba el paisaje por detrás del vaho de mis espiraciones. Yo que le había pedido al viaje que me diera muchas sorpresas, «locamente enamorado de la variedad y del capricho», [13] me conformaba con una vertiente helada en un desfiladero. ¿Me había convertido al *wu wei* , el arte chino del no hacer? No hay nada como treinta grados bajo cero para entregarte a esa clase de filosofías. No esperaba nada, no hacía nada. Cualquier movimiento me colaba por la espalda una corriente fría que no predispone a los grandes proyectos. Oh, desde luego, si de repente hubiera asomado un leopardo habría estado encantado, pero no se movía nada, y en esa hibernación despierta yo tampoco sentía ningún resquemor. El rececho era un ejercicio de Asia. Esa espera de una de las formas de lo único tenía algo de tao. También tenía algo de la enseñanza de la *bhagavad-gita* hindú, la negación del deseo. La aparición del animal no habría alterado mi humor. «Permanece igual en el éxito y en el fracaso», nos tranquilizaba Krishna en el canto II.

Y, como el tiempo tan abierto se presta a amasar ideas, me decía que esa ciencia del rececho en la que me había iniciado Munier era el antídoto contra la epilepsia de mi época. En 2019 la humanidad

precyborg no aceptaba la realidad, no se conformaba con ella, no se llevaba bien con ella y tampoco sabía adaptarse a ella. Aquí, en Nuestra Señora de la Espera, le pedía al mundo que siguiera ocupándose de lo que ya estaba ahí.

En este principio del siglo 21, nosotros, ocho mil millones de humanos, avasallamos la naturaleza con pasión. Agotamos los suelos, acidificamos las aguas, asfixiamos los aires. Un informe de la Sociedad Zoológica Británica cifraba en el sesenta por ciento la proporción de especies salvajes desaparecidas en cinco decenios. El mundo retrocedía, la vida se retiraba, los dioses se escondían. La raza humana iba viento en popa. Creaba las condiciones de su infierno, se disponía a superar la barrera de los diez mil millones de individuos. Los más optimistas se felicitaban de que el globo pudiera estar poblado por catorce mil millones de hombres. Si la vida se limitaba a cubrir las necesidades biológicas para la reproducción de la especie, la perspectiva era alentadora: podríamos copular en cubos de cemento con conexión wifi mientras comíamos insectos. Pero si a nuestro paso por la Tierra le reclamábamos su parte de belleza, y si la vida era jugar una partida en un jardín mágico, la desaparición de los animales era una noticia atroz. La peor de todas. Fue acogida con indiferencia. El ferroviario defiende al ferroviario. El hombre se preocupa por el hombre. El humanismo es un sindicalismo como otro cualquiera.

La degradación del mundo iba acompañada de una esperanza frenética en un futuro mejor. Cuanto más se degradaba la realidad, más resonaban las imprecaciones mesiánicas. Había un vínculo proporcional entre la devastación de los seres vivos y el doble movimiento de olvido del pasado y súplica al futuro.

«Mañana, mejor que hoy», lema odioso de la modernidad. Los políticos prometían reformas (¡«el cambio», ladraban!), los creyentes esperaban una vida eterna, los limpiaprobetas de Silicon Valley nos anunciaban un hombre aumentado. Paciencia, el futuro será esplendoroso. Siempre la misma cantinela: «¡Como este mundo está hecho un asco, preparemos nuestras salidas de emergencia!». Los hombres de ciencia, hombres políticos y hombres de fe se agolpaban en el portillo de las esperanzas. En cambio, no había mucha gente dispuesta a conservar lo que nos habían entregado.

Aquí un tribuno de barricada llamaba a la revolución y sus huestes acudían en tropel armadas de picos; acá un profeta invocaba el *Más Allá* y su grey se arrodillaba ante la promesa; acullá

un Strangelove 2.0 fomentaba la mutación poshumana y sus clientes se pirraban por los fetiches tecnológicos. Lo de estos hombres era un sinvivir. No soportaban su condición, y de la otra-vida esperaban los dones pero no conocían su forma. Es más difícil venerar lo que ya se disfruta que desvariar descolgando la luna.

Las tres instancias —fe revolucionaria, esperanza mesiánica, perorata tecnológica— ocultaban tras el discurso de la salvación una indiferencia profunda por el presente. Peor aún, nos dispensaban de conducirnos noblemente, aquí y ahora, nos eximían de cuidar de aquello que aún permanecía en pie.

Mientras tanto, fusión de los hielos, plastificación, muerte de los animales.

«No tiene sentido inventar fábulas sobre otro mundo.» [14] Yo había anotado este fogonazo de Nietzsche al principio de un cuadernillo de notas. Habría podido grabarlo a la entrada de nuestra cueva. Una divisa para los barrancos.

Éramos muchos, en las cuevas y en las ciudades, los que no deseábamos un mundo aumentado, sino un mundo celebrado en su justo reparto, patria de su mera gloria. Una montaña, un cielo enloquecido de luz, cacerías de nubes y un yak en la arista: todo estaba dispuesto, todo era suficiente. Lo que no se veía no era susceptible de surgir, lo que no surgía había sabido esconderse. En eso consistía el consentimiento pagano, canción antigua.

—¡Léo! Te resumo el Credo —dije.

—Te escucho —respondió, cortésmente.

—Venerar lo que está delante de nosotros. No esperar nada. Recordar mucho. Cuidarse de las esperanzas, humos encima de las ruinas. Disfrutar de lo que se ofrece. Buscar los símbolos y creer que la poesía es más sólida que la fe. Conformarse con el mundo. Luchar por que permanezca.

Léo escudriñaba la montaña con el telescopio. Estaba demasiado concentrado para escucharme realmente, lo que me daba pie para seguir con mis sentencias.

—Los campeones de la esperanza llaman «resignación» a nuestro consentimiento. Se equivocan. Es el amor.

LA ÚLTIMA APARICIÓN

Fue un cara a cara entre nuestra admiración y su indiferencia. Munier tenía razón. El leopardo se había marchado a la otra vertiente, a trescientos metros de donde estábamos, por el este, a la misma altura. Apareció hacia las diez en el monocular. Dormitaba sobre una roca, levantaba la cabeza, echaba un vistazo a su yak. ¿Se aseguraba de que los buitres no acudieran a la rebatiña? Luego miraba al cielo y volvía a hundir la cabeza en su pelaje. Se pasó todo el día dormitando. Como estaba muy lejos podíamos hablar en voz alta, encender cigarrillos, reactivar los hornillos, porque en ese congelador tampoco sentaba mal echarse una sopa al coleto. Cada dos minutos me arrastraba hasta los trípodes, pegaba el ojo al ocular para mirar su cara ahusada y su cuerpo replegado en su propio calor. Todas las veces, esa visión me deparaba un calambre de placer. Así ocurre con las cosas reales de cuya presencia se asegura la mirada. Esa mañana el leopardo no era un mito, ni una esperanza, ni el objeto de una apuesta pascaliana. Estaba ahí. Su realidad era su supremacía.

No volvió junto a su presa. Cayó el día. El servicio fúnebre de la patrulla de los fiambres (buitres, quebrantahuesos, cuervos) no intervino. A veces Munier hablaba por radio: «Una serreta al oeste, una chova piquirroja por encima del arco». Allí donde posaba la vista veía animales o adivinaba su presencia. Y este don, comparable con la cultura del transeúnte refinado que, deambulando por la ciudad, te señala una columna clásica, un frontón barroco o un añadido neogótico, le permitía a Munier desplazarse por una geografía invariablemente colorida y siempre generosa, palpitante de moradores cuya existencia no sospechaba un ojo profano. Yo comprendía por qué mi compañero vivía aislado en los Vosgos. ¿Dónde iba a encontrar con quién conversar, él que veía a los carnívoros abalanzarse sobre los rebaños plácidos y sabía por qué planeaban los cuervos? Los libros aún le conmovían: «Cuando dejé los estudios, a los diecisiete años —me dijo una vez—, fue para entrar en el bosque. Desde entonces no volví a abrir un libro de texto, pero he leído todo Giono».

El leopardo se fue con la tarde. Se levantó, se ocultó detrás de una roca, despareció. Vivaqueamos una segunda noche en la cueva, esperando su regreso. A la mañana siguiente ya no estaba cerca de la carcasa. El frío conservaría mucho tiempo el yak antes de que picos, mandíbulas y colmillos lo desgarrasen. Entonces sus tejidos serían reabsorbidos en otros seres vivos y saciarían a otros cazadores. Morir es pasar.

EL ETERNO RETORNO DEL ETERNO RETORNO

Recogimos el vivac y nos retiramos los cuatro, Munier, Léo, Marie y yo, hacia los hogares tibetanos, sin pronunciar palabra, porque el leopardo ocupaba nuestros pensamientos y una ensoñación no se hiere con charlas.

Desde hacía mucho creía que los paisajes determinan las creencias. Los desiertos apelan a un Dios severo, las islas griegas hacen burbujear las presencias, las ciudades invitan a amarse solo a sí mismo, las selvas albergan espíritus. Que unos sacerdotes blancos hubieran logrado conservar su fe en un Dios revelado en medio de selvas donde gritaban los loros me parecía una hazaña.

En el Tíbet, los barrancos helados anulan cualquier deseo y hacen que concibas la idea del gran ciclo. Más arriba, las mesetas batidas por las tormentas confirmaban que el mundo era una ola, y la vida, un pasaje. Yo siempre había tenido el alma débil e influenciable. Me adaptaba a las espiritualidades de los lugares donde aterrizaba. Si me soltaban en una aldea yazidí, rezaba al sol. Si me empujaban hasta la llanura del Ganges, me adecuaba a Krishna («Ve con el mismo ojo el sufrimiento y el placer»). Cuando estaba en los montes de Arrée soñaba con el Ankou. El islam era el único que no me atrapaba, no me gustaba el derecho penal.

Aquí, en el aire rarificado, las almas migran a cuerpos provisionales para seguir su curso. Desde mi llegada al Tíbet pensaba en los pesos de las vidas sucesivas de los animales. Si el leopardo del barranco era un alma incorporada, ¿dónde encontraría cobijo tras siete años de matanzas? ¿Qué otra criatura aceptaría llevar ese fardo? ¿Cómo saldría del ciclo?

El espíritu de los tiempos preadámicos penetraba en quienes captaban su mirada. Eran los mismos ojos que habían contemplado un mundo en que el hombre cazaba en pequeñas bandas, temiendo por su supervivencia. ¿Qué alma estaba apresada bajo ese pelaje? Cuando la onza se me apareció, días atrás, creí reconocer el rostro de mi difunta madre: altos pómulos hendidos por una mirada dura. Mi madre cultivaba el arte de desaparecer, una afición por el silencio, una rigidez que le daba un aire autoritario. Aquel día, para

mí, el leopardo fue mi pobre madre. Y esta idea de la circulación de las almas a través de la inmensa reserva planetaria de carne viviente, esa misma idea formulada simultáneamente en el siglo VI antes de Cristo en dos lugares bien alejados —Grecia y la llanura indonepalesa— por Pitágoras y Buda, era para mí un elixir de consuelo.

Llegamos a las chozas. Bebimos el té delante de las caras de los niños inmóviles, lamidas por los resplandores de las llamas. Silencio, penumbra, humo: el Tíbet hibernaba.

LA FUENTE SEPARADA

Habíamos pasado diez días en la garganta de los leopardos. Ahora Munier quería ir a hacer fotos en las fuentes del Mekong. Rodamos todo un día hasta llegar a un campamento de ganaderos, al pie de una elevación. La meseta era un escudo de estepa herido salvajemente por el sol. Hacia el norte asomaban unas cumbres blancas. Una pareja de dueños de yaks pasaba el invierno en una barraca de chapa sobrecalentada, isla en pleno vacío. Cien yaks arrancaban a la estepa las hierbas anemizadas por el invierno. Al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, nos separamos de la estufa y caminamos por una cinta que, según indicaban los mapas, era el Mekong. «Suban durante cuatro horas. A cinco mil cien metros hay un circo y una fuente», nos había dicho Tsetrin, el guardián. De modo que era eso, el río de los nueve dragones: un arroyo helado. El hielo crujía. Caminábamos sobre guirlache, como agüistas cautelosos sobre un canal helado de Baden-Baden. Encontramos una carcasa de yak mondada por los carroñeros. Las aves desgarraban la carne, alzaban el vuelo, volvían a la carga. Hasta entonces siempre me había parecido espectacular esa forma de devorar a los muertos para reincorporarlos. Pero los cuellos enrojecidos y las furias de plumas mitigaron mis ganas de que un día arrojaran mi cuerpo a los buitres. Cuando has visto una vez a esas aves enloquecidas por la sangre te dices que, después de todo, un arriate de crisantemos en un cementerio de Yvelines tiene su encanto.

Subimos lentamente y yo me esforzaba por creerlo: ¡era el Mekong, el río de las lágrimas jemeres, de la nostalgia amarilla, de las trescientas diecisiete secciones y del Buda viviente, de las apsarás gráciles y las flores de loto! Un reguero color de luna, aún virgen de inmundicias.

A cinco mil cien metros encontramos una estela con ideogramas chinos que probablemente anunciaban el nacimiento del río.

Aquí, en un anfiteatro de rocas, manaba el alfa de la civilización

del arroz, cubierta por un cielo gris. A lo largo de unos cinco mil kilómetros el Mekong cruzaría el Tíbet, China e Indochina hasta el delta donde Marguerite tuvo un amante. Entre aventuras privadas y obras públicas, sus aguas bañarían los trabajos y los días. Habría batallas. La fuente de un gran río entraña la cuestión del Oriente: ¿por qué todas las fuentes tienen que ramificarse? ¿Por qué esa separación?

De momento, una capa helada cimentaba la grava. Era la fuente, el tao del Mekong, punto cero, futura novela. El flujo se unificaría, abriéndose paso por la montaña. La suavidad del aire liberaría el caudal, el reguero se cargaría de vida: primero unos animalillos, luego peces cada vez más voraces. El río crecería. Un pescador echaría su red, unos aldeanos beberían su agua, una fábrica vertería desperdicios: entre los hombres todo acaba en un colector. La altitud bajaría, la cebada crecería. Más abajo, el trigo y, por fin, el arroz, y frutos, un día, en la punta de las ramas. Unos búfalos se bañarían. A veces un leopardo se zamparía a un niño en los cañaverales. El consuelo llegaría pronto, nacen muchos. Seguiría el descenso: unas mujeres sacarían un agua ya cargada de bacterias, se empezaría a canalizar el cauce. Las pieles se oscurecerían. Las muchachas secarían telas naranjas en muelles de sillares y unos adolescentes se zambullirían saltando desde las torrecillas; luego la corriente se haría más lenta, los meandros se explayarían en sus propios aluviones, el río levantaría su dique, el horizonte se abriría para dar paso a la llanura irrigada, iluminada por las centrales de aguas arriba. En los días de mercado las barcas juntarían sus bordas, unas culebras nadarían entre los cadáveres medio quemados y los estados se disputarían las orillas, convertidas en fronteras. Unas patrullas interceptarían a los contrabandistas. Los negocios seguirían su curso y las aguas, al final, se mezclarían con el mar. Unos turistas muy blancos nadarían en las olas. ¿Sabrían al menos que un día los leopardos habían bebido esas aguas cuando pertenecían al cielo?

Ese destino nacía aquí. Los animales que Munier buscaba también habían nacido de una fuente. Se habían separado. El leopardo de las nieves procedía de una ramificación producida hace cinco millones de años. Si la vida en la Tierra se compara con un río, había tenido su fuente, su lecho, sus brazos muertos. Su recorrido aún no había terminado, nadie conocía el delta. Nosotros, los humanos, habíamos salido de una subdivisión muy reciente. En las láminas de los libros

de biología de mi infancia se representaban las ramificaciones de la Evolución con gráficos en forma de desembocaduras fluviales. Toda fuente ignora de lo que es capaz.

Nos quedamos una hora en la grava. Luego bajamos deslizándonos. Munier buscaba un animal. Para él, un paisaje vacío era una cripta. Por suerte, a cuatro mil ochocientos metros un lobo se revolcaba en un nevero. Munier se quedó contento.

En el campamento, donde le contamos que habíamos visto un lobo, el pastor nos informó sobre las visitas anuales: uno o dos leopardos en el invierno, lobos todos los días. Mientras decía esto cargó tanto la estufa que nos quedamos dormidos. El sueño se llevó la visión de la fuente.

EN LA PRIMERA SOPA

Regresamos hacia Yushu por lomas y montañas, sin bajar nunca de los cuatro mil metros. A la caída de la tarde seguimos una pista que llevaba a unos manantiales de agua caliente escondidos en los despeñaderos. Unos lobos pasaron por delante de los faros. El haz destacó el azafrán de su pelaje —un relámpago en la noche—. Munier salió disparado del coche. La visión de los dos rufianes en la oscuridad trotando hacia un atraco seguía excitando a mi amigo. Aspiraba con fuerza el aire frío buscando el olor a fiera. Había visto cientos de lobos en Abisinia, en Europa, en América. Pero no había tenido bastante.

—Tú no sales del coche cuando pasa un hombre —le dije.

—El hombre volverá a pasar, el lobo es difícil.

—El hombre es un lobo para el hombre —dije.

—Si solo fuera eso —repuso.

Llegamos a las charcas. Montamos el campamento por detrás de un farallón y a las diez de la noche, con -25 °C, chapoteábamos en el agua hirviente, Marie, Munier y yo, envueltos en vapor. Léo guardaba el campamento más arriba, donde soplaba el viento. El agua brotaba de una concavidad de la roca. Tuvimos que escurrirnos bajo el voladizo. Munier conocía el lugar porque había hecho el macaco japonés allí el año anterior. Nos describió a los monos de Nagano en los manantiales calientes, el vapor que nublaba sus gargantas rojas y erizaba de estalactitas su pelambre.

Pero aquella noche parecíamos funcionarios soviéticos negociando en la sauna los recursos de la región. Encendimos buenos habanos (Epicuro n.º 2) guardados en tubos de aluminio. Nuestra piel adquirió la consistencia de la barriga de las ranas, y nuestros puros, la de la melcocha. Las estrellas vibraban.

—Estamos chapoteando en el limo primordial. Somos bacterias del principio del mundo —dije.

—Más aventajados, diría yo —dijo Marie.

—Las bacterias nunca deberían haber salido de la olla —dijo

Munier.

—Y nosotros no habríamos tenido el triple concierto de Beethoven —dije.

Los fósiles incrustados en la bóveda no databan de los comienzos del mundo. No eran más que un episodio reciente de la aventura. La vida había nacido en una mezcla de agua, materia y gas, hacía cuatro mil quinientos millones de años. El *bios* había proyectado sus propuestas en todos los intersticios, produciendo, sin aparente relación entre ellos (salvo la voluntad de propagarse), el liquen, el rorcual, y nosotros.

El humo de los habanos acariciaba los fósiles. Los reconocí con sus nombres porque en mi infancia, entre los ocho y los doce años, había tenido una colección. Los recitaba en voz alta, porque la enumeración científica es como un poema: amonites, crinoideos, trilobites. Esas criaturas tenían más de quinientos millones de años. Habían reinado. Habían tenido sus preocupaciones: defenderse, alimentarse, perpetuar el linaje. Eran minúsculas y lejanas. Desaparecieron, y los humanos, que regentamos la Tierra (desde una fecha reciente, sin que sepamos por cuánto tiempo), las desdeñamos. Su vida, sin embargo, fue una etapa en la senda de nuestro advenimiento. De pronto, unos seres animados salieron del baño. Algunos, los más aventureros, se encaramaron a un guijarro. Tragaron aire. Y a esa inspiración le debemos estar aquí, hombres y animales del aire libre.

Salir de ese baño no fue el momento más agradable de mi vida. Tuve que andar en cueros sobre algas tibias, saltar en mis botas chinas, enfundarme la enorme cazadora forrada y volver a las tiendas con el aire a -20 °C.

En suma, salir de la sopa, arrastrarse en la noche, encontrar un refugio: la historia de la vida.

¡REGRESAR, QUIZÁ!

Al día siguiente rodábamos hacia Yushu a través de la planicie. El conductor aceleraba por la pista musitando oraciones que hablaban del loto. Parecía tener prisa por volver, quizá por morir. El murmullo me acunaba y por mimetismo yo tarareaba el *panta rei* de Heráclito, «todo pasa, todo fluye, todo desaparece», que convertía en un salmo de mi cosecha: «Todo muere, todo renace, todo regresa para perecer, todo se nutre de sí mismo». Nos acercábamos a la ciudad. Ya nos cruzábamos con mendigos andrajosos que se arrastraban hacia el templo. Pensaban lo mismo que Heráclito, pero no se felicitaban por esa fluctuación general. Trataban de adquirir gratificaciones para no reencarnarse en perro o, peor aún, en turista. Querían librarse del eterno retorno. Circular sin descanso era su maldición. El conductor procuraba reducir la marcha cuando llegaba a su altura: por no agravar sus pecados evitaba aplastar a un peregrino. Yo miraba las cohortes por la ventanilla. Nuestra época tecnicista se había vuelto animal, es decir, móvil. En Occidente el pensamiento reinante de este comienzo del siglo 21 erigía en virtud el movimiento de los hombres, la circulación de las mercancías, la fluctuación de los capitales, la fluidez de las ideas. «¡Largo!», ordenaban las instancias de la glorieta planetaria. Hasta entonces las civilizaciones habían madurado con arreglo al principio vegetal: echar raíces en los siglos, bombear los alimentos del territorio, levantar pilares y fomentar la expansión propia bajo un sol invariable, protegiéndose de la planta de al lado con las espinas adecuadas. Luego las modalidades cambiaron; ahora, en las sabanas globales, había que moverse deprisa. «¡En marcha, hombres de la Tierra! ¡Circulad! ¡Ya no hay mucho que ver!»

Al pasar el último collado antes de Yushu los frenos fallaron. Con el freno de mano, el conductor sorteó las curvas y aumentó el caudal de sus mantras. Obedeciendo a un extraño reflejo budista y truculento, pisó el acelerador cuando comprendió que los frenos no respondían. Y merced a la provechosa influencia de su fatalismo, a mí eso me pareció hasta lógico. ¡Qué más daba si perecíamos en esa mañana repleta de pureza! Las montañas centelleaban, unos

animales reinaban en las cresterías y nuestro accidente no alteraría la circulación de los últimos leopardos.

EL CONSUELO DE LO SALVAJE

¿Si no hubiera visto el leopardo, habría sido para mí una cruel decepción? Tres semanas en el ozono no habían bastado para matar en mí al europeo cartesiano. Seguía prefiriendo la realización de los sueños al torpor de la esperanza.

Si hubiera fracasado, las filosofías de Oriente cocidas en la meseta tibetana o en el horno gangeático me habrían brindado consuelo con el ejercicio de la renunciación. Si el leopardo no hubiera venido, me habría felicitado por su ausencia: era el método fatalista de Peter Matthiessen, ver la vanidad de las cosas en su propia espantada. Es el proceder del zorro de La Fontaine: desprecia las uvas cuando comprende que no puede alcanzarlas.

Habría podido remitirme a la divinidad de la *bhagavad-gita* y seguir la exhortación de Krishna a Aryuna: considerar con el mismo talante el éxito y el fracaso. «El leopardo está ante ti, alégrate, y, si no está, alégrate también», me habría murmurado. ¡Ah, qué opio la *bhagavad-gita* , y cuánta razón tenía Krishna al convertir el mundo en una llanura sin relieve batida por el viento de la igualdad de alma, otro nombre del sueño!

O habría vuelto al tao. Habría considerado que la ausencia equivalía a la presencia. No ver al leopardo habría sido una manera de ver.

Como último recurso, estaría el Buda. El Príncipe de los Jardines revelaba que nada es tan doloroso como la espera. Me habría bastado con sacudirme el deseo de sorprender a un animal caracoleando en los canchales.

Asia, inagotable farmacopea moral. Occidente también tenía sus remedios. Uno de orden cristiano, otro de factura contemporánea. Los católicos cicatrizaban el sufrimiento con una táctica entre narcisista y cristiana. Consistía en felicitarnos de nuestra decepción: «Señor, si no he podido ver el leopardo es porque no soy digno de recibirlo y te doy gracias por haberme ahorrado la vanidad de verlo». El hombre moderno, por su parte, disponía de un viático: la recriminación. Bastaba con considerarse víctima para no tener que reconocer el fracaso. Yo habría podido lamentarme así: «¡Munier

eligió mal los aguardos, María hacía demasiado ruido, soy miope por culpa de mis padres! ¡Además, los ricos han cazado a los leopardos, pobre de mí!». Buscar culpables era entretenido y evitaba la introspección.

Yo no tenía que consolarme, porque había visto el hermoso rostro del espíritu de las piedras. Su imagen, deslizada bajo mis párpados, vivía en mí. Cuando cerraba los ojos veía su cara de gato altivo, sus rasgos fruncidos hacia un hocico delicado y terrible. Había visto al leopardo, había robado el fuego. Llevaba en mí el tizón.

Había aprendido que la paciencia es una virtud suprema, la más elegante y la más olvidada. Ayudaba a amar el mundo antes de pretender transformarlo. Invitaba a sentarse delante del escenario, a disfrutar del espectáculo, así fuera el temblor de una hoja. La paciencia era la reverencia del hombre hacia lo que se le había dado.

¿Qué atributo permite pintar un cuadro, componer una sonata o un poema? La paciencia. Siempre da su recompensa, proporcionando en la misma fluctuación el riesgo de encontrar el tiempo largo y el método para no aburrirse.

Esperar es una oración. Viene algo. Y si no viene es porque no hemos sabido mirar.

LA CARA OCULTA

El mundo era un joyero. Las joyas escaseaban porque el hombre había saqueado el tesoro. Pero a veces te encontrabas con un brillante. Entonces la Tierra lanzaba un destello. El corazón latía más deprisa, la mente se enriquecía con una visión.

Los animales eran apasionantes porque eran invisibles. Yo no me hacía ilusiones: no se podía desvelar su misterio. Pertenecían a los orígenes, y la biología nos había alejado de ellos. Nuestra humanidad les había declarado la guerra total. La erradicación casi había terminado. No teníamos nada que decirles, ellos se retiraban. Habíamos ganado y pronto los humanos nos quedaríamos solos, preguntándonos cómo habíamos podido hacer esa limpieza tan deprisa.

Munier me dio la oportunidad de levantar una esquina del velo para contemplar el ir y venir de los príncipes de la Tierra. Los últimos leopardos, chirúes y hemiones sobrevivían acosados, obligados a esconderse. Ver a uno de ellos era contemplar un precioso orden desaparecido: el pacto antiguo entre los animales y los hombres —unos ocupados en su supervivencia, los otros componiendo poemas e inventando dioses—. Por una razón inexplicable, Munier y yo añorábamos esa vieja lealtad. «Sombría fidelidad por las cosas caídas.» [15]

La Tierra había sido un museo sublime.

Por desgracia, el hombre no era conservador.

El rececho requiere tener el alma en vilo. Este ejercicio me había revelado un secreto: cuando aumentas tu frecuencia de recepción siempre sales ganando. Nunca había vivido con una vibración de los sentidos tan aguzada como durante esas semanas tibetanas. Al llegar a casa seguiría mirando el mundo con todas mis fuerzas, escudriñando sus zonas de sombra. Poco importaba que ya no hubiera leopardo en el orden del día. El rececho es una línea de conducta. Así la vida no pasa como si nada. Puedes vigilar bajo un tilo, en tu casa, delante de las nubes del cielo o incluso estando

sentado a la mesa de tus amigos. En este mundo pasan más cosas de las que creemos.

El avión, ese gran vehículo. El de la mañana nos llevó a Chengdu. Léo leía. Marie miraba a Munier, que miraba por la ventanilla. Así que el amor no significaba «mirar en la misma dirección». Marie pensaba en el futuro, Munier se despedía de los leopardos. Yo pensaba en mis queridas ausentes. Con cada leopardo aparecido, me habían ofrecido un destello de ellas mismas.

Chengdu, quince millones de habitantes, desconocido por los europeos. Para los chinos, una población mediana. Para nosotros, una matriz espermática del estilo de las pesadillas de Philip K. Dick, con bombillas que electrizan callejuelas donde unos trozos de carne colgados en los puestos se reflejan en los charcos.

A la medianoche caminábamos en medio de una muchedumbre tranquila, homogénea, que ondulaba en olas lentas. Extraña visión para mí, pequeñoburgués francés: una masa civil y sin mezclar marchaba al paso, sin entrenamiento marcial, sin que nadie se lo ordenara.

Al otro día volveríamos a París. Por ahora, una noche por delante. Nos encaminamos al parque del centro de la ciudad. Munier gritó:

—¡Allá arriba!

Una lechuza huía hacia el parque, las luces de los focos herían sus alas. Incluso aquí Munier descubría las señales salvajes. La complicidad de un hombre con el mundo animal hacía soportable la estancia en los cementerios urbanos. Les conté a Marie y a Léo la historia de aquel náufrago polinesio, Tayae, que estuvo a la deriva en su canoa durante meses en el océano Pacífico; todos los días contemplaba el plancton recogido en su cubo y llegó a conversar con los animalillos. Este ejercicio evitó que tuviera que enfrentarse a sí mismo, es decir, sufrir una depresión.

Mirar a un animal era pegar el ojo a una mirilla mágica. Detrás de la puerta, los trasmundos. Ningún verbo para traducirlos, ningún pincel para pintarlos. Como mucho se podía captar un destello. William Blake en *Proverbios del infierno* : «¿Acaso no comprendes que el menor pájaro que corta el aire es un inmenso mundo de delicias cerrado a tus cinco sentidos?». ¡Sí, William! Munier y yo comprendíamos que no comprendíamos. Eso nos bastaba para estar contentos.

A veces ni siquiera hacía falta ver animales. La mera evocación de su existencia era el consuelo. Los deportados de los campos de la

muerte se habían sostenido moralmente describiendo el espectáculo de las cargas de elefantes en la sabana africana, como contaba Romain Gary al principio de *Las raíces del cielo* .

Llegamos al parque. Había verbena. Los tiovivos daban vueltas, los altavoces pulsaban, el vapor de los buñuelos envolvía el parpadeo de las luces. Hasta Pinocho se habría disgustado. Los cartelones pregonaban la propaganda del Partido. El pueblo chino había perdido en los dos tableros. En lo político sufría la coerción socialista. En lo económico giraba dentro de la lavadora capitalista. Era el títere con dos cabezas de la farsa moderna, algoritmo y martillo en la bandera.

¿Qué sitio les quedaba aún a las lechuzas en un mundo láser? ¿Cómo iban a encajar los leopardos en ese odio mundial a la soledad y al silencio, últimas alegrías de los desdichados?

Pero, al fin y al cabo, ¿a qué venía esa angustia? Aún había carruseles maravillosos, y helado. ¿De qué nos quejábamos? La verbena continuaba, ¿por qué no unirse a ella y olvidarse de los animales para disfrutar de la fiesta?

Munier nos rogó que saliéramos del parque. Ese carnaval le atacaba los nervios. Pese a que los tenía sólidos. Al cruzar la verja señaló al cielo: «¡Mirad la luna!». Era luna llena. «Es el último mundo salvaje al alcance de la vista. En el parque no la veíamos debido a las guirnaldas.»

No sabía que un año después los chinos posarían un robot en la cara oculta.

Habíamos acabado con la Tierra.

Ahora el universo aprendería a conocer al hombre. La sombra ganaba.

¡Adiós, leopardos!

Las fotografías de la fauna tibetana tomadas por Vincent Munier en sus numerosos viajes a la meseta están publicadas en el álbum *Tibet minéral animal* , editado por Kobalann (con poemas de Sylvain Tesson).

NOTAS

[1] En francés actual es *blaireau. (N. del T.)* [2] Eugène Labiche, *Les vivacités du Capitaine Tic.* [3] Jean Baudrillard, prólogo del catálogo de la exposición de Charles Matton en el Palais de Tokyo, 1987. [4] Novalis, *Granos de polen.* [5] Ernst Jünger, *La choza en la viña.* [6] Alusión a unos versos de Charles Péguy en el poema «Ève». *(N. del T.)* [7] «… poéticamente siempre / sobre la Tierra habita el hombre.» Hölderlin, *En adorable azul.* [8] Personajes creados por Gustave Flaubert: dos incompetentes que aspiran a eruditos. *(N. del T.)* [9] Plinio el Viejo, *Historia natural* , libro octavo. [10] Alejandro Dumas, *Los tres mosqueteros.* [11] Martin Heidegger, *Observaciones sobre arte-escultura-espacio.* [12] Ylipe, *Textes sans paroles.* [13] Gérard de Nerval, *Aurelia.* [14] Nietzsche, *El ocaso de los ídolos.* [15] Victor Hugo, *Los castigos.*

PREMIO RENAUDOT 2019

UN ELOGIO DE LA PACIENCIA, LA LENTITUD Y EL SILENCIO.



«La contemplación de los animales nos proyecta ante nuestro reflejo invertido. Los animales encarnan la voluptuosidad, la libertad, la autonomía: aquello a lo que hemos renunciado.»

El leopardo de las nieves vive en una gigantesca meseta a cinco mil metros de altitud. Sylvain Tesson siguió al fotógrafo Vincent Munier con el fin de observar los últimos ejemplares de este maravilloso animal, que se ocultan en las fronteras del Tíbet, entre paisajes espectaculares y desiertos: allá donde la población retrocede, la fauna avanza, a salvo de la civilización. Es en este santuario natural donde el felino ha encontrado su tranquilidad.

Para disfrutar durante unos segundos del majestuoso paso del leopardo, hay que permanecer inmóvil treinta horas consecutivas a treinta grados bajo cero. La expectación ante el improbable encuentro aviva en Tesson, un hombre de acción y de movimiento, una filosofía de la espera. Se despiertan en él, y los contagia al lector, poderes latentes como la capacidad de atisbar lo invisible, una sosegada espiritualidad y, sobre todo, la paciencia, «virtud suprema, la más elegante y la más olvidada».

Además de llevarnos a esas tierras elevadas desde las que contemplar la frágil belleza de la Tierra, Tesson nos seduce con sus

meditaciones sobre el mundo actual (a menudo llenas de humor), y nos invita a suspender el tiempo y a permanecer atentos: «Lo imprevisto nunca viene a nuestro encuentro, hay que acecharlo en todas partes».

La crítica ha dicho:
«En este libro breve y bien tensado, los paisajes brillan y los felinos se contonean.»
Christophe Ono-Dit-Biot, *Le Point*

«Denso, erudito, sensible y alegremente escrito. El perfecto antídoto contra el frenesí contemporáneo.»
Marie Chaudey, *La Vie*

«¡Su mejor libro, un deleite de lectura!»
Frédéric Pagès, *Le Canard Enchaîné*

«Una voz única. Tesson es un escritor tremendamente interesante.»
Libération

«Un hermoso canto de admiración a la naturaleza y los animales, una obra de gran lirismo en la que es constante la preocupación del viajero por ser fiel y preciso.»
Bernard Pivot, Le Journal du Dimanche

«Hay motivos para alegrarse de que un autor tan leído nos recuerde alto y claro algunas certezas sobre la belleza de un mundo que nos supera.»
Grégoire Leménager, *L'Obs*

«Uno de sus más hermosos libros, que se refleja bien en la propia escritura: sin florituras, redonda, sublime.»
Le Devoir

SOBRE EL AUTOR

Sylvain Tesson nació en 1972. Aventurero y escritor, presidente de la Guilde Européene du Raid, es autor de numerosos ensayos y relatos de viajes, entre ellos *L'axe du loup* . Su volumen de relatos breves *Une vie à coucher dehors* , inspirada en sus andanzas, reportajes y documentales, recibió el Goncourt de Novela Corta 2009. *Dans les fôrets de Sibérie* fue galardonado con el Premio Médicis de Ensayo 2011, y *Berézina* con el Premio des Hussards 2015.



Título original: *La panthère des neiges*

Edición en formato digital: enero de 2021

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
Imagen de portada: © Ana Yael

ISBN: 978-84-306-2393-8

Composición digital: Arca Edinet S. L.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

ÍNDICE